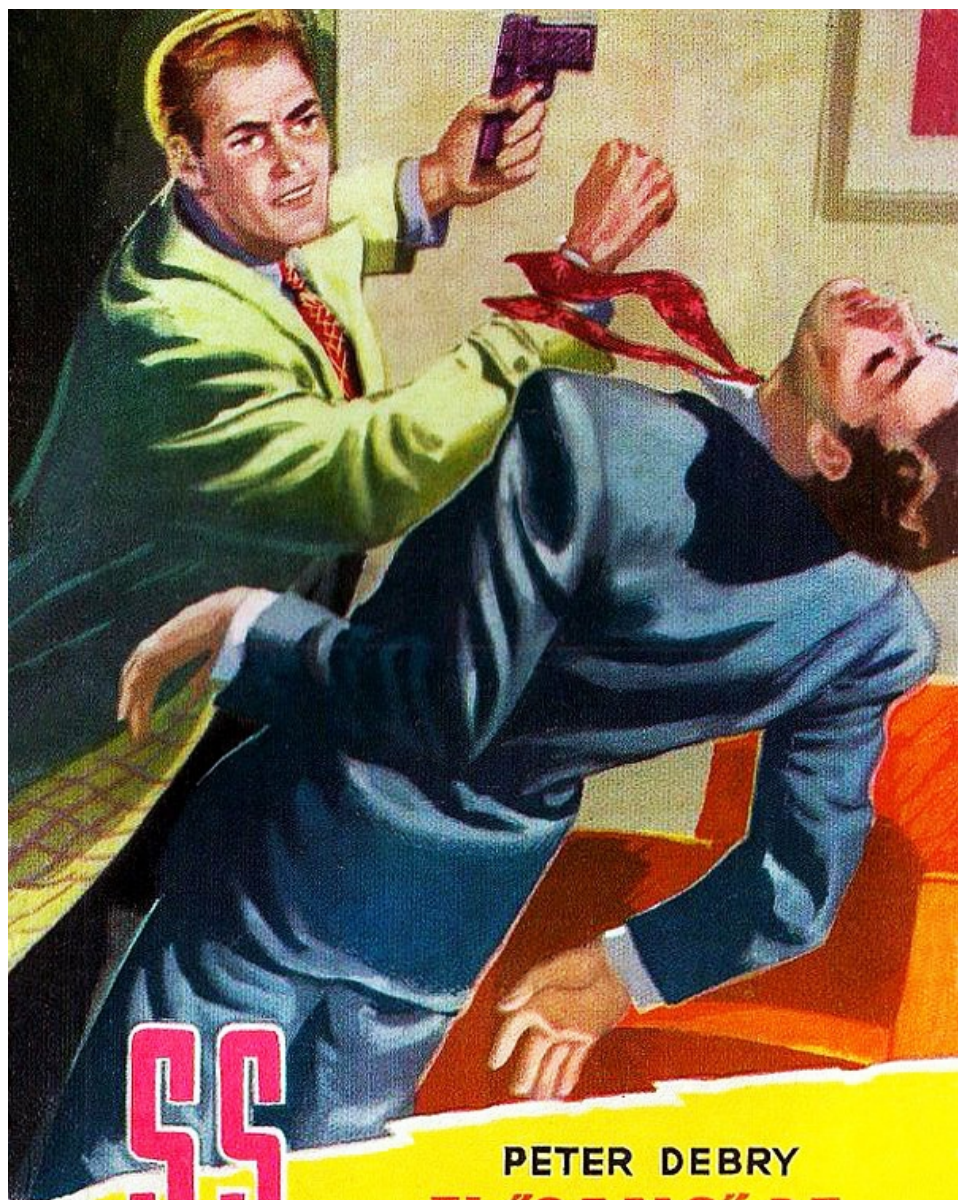




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

**EL "GANG" DE
"MEDIO ROSTRO"**

se

Novela negra que desarrolla parte de su acción en el ámbito carcelario y que ofrece un sorprendente cambio de protagonista de remarcable efectividad narrativa.



Peter Debry

El «gang» de «Medio Rostro»

Bolsilibros: Servicio Secreto - 193

ePub r1.0

jala y xico_weno 07.07.17

Título original: *El «gang» de «Medio Rostro»*

Peter Debry, 1954

Ilustraciones interiores: Francisco Romeu

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





PETER DEBRY

El “gang” de “Medio Rostro”

1ª EDICIÓN

ABRIL 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

El gang de **Medio Rostro**

por **PETER DEBR4**



CAPÍTULO PRIMERO

Walter Barclay se acomodó en el sillón de la barbería. No había nadie más esperando, porque cuando entró, los tres que aguardaban, fueron yéndose, uno tras otro, casi en fila india.

El único barbero, Livio Sparacino, tenía cara abobada, pero no era bobo.

Alto, muy amplio de hombros, frente estrecha y poderosas mandíbulas, algo caída la inferior, Livio Sparacino se reclinó en el respaldo de la silla.

—¿Qué va a ser, caballero?

—Afeitarme, Sparacino.

El barbero sacudió una tela no muy limpia, y al rodear el cuello de Barclay comentó:

—Es una suerte que caiga este chaparrón tan insistente, desde la madrugada, caballero. He de comunicar al caballero que no podré ablandarle más el cutis, debido a que no tengo agua caliente.

—Ya está bien, Sparacino. Aféitame y déjate de chistes.

—Al servicio del caballero.

La brocha empezó a salpicar agua y jabón en la cara de Walter Barclay, antes de tiempo. Sparacino la removía dentro del cazo de goma, a medio metro del rostro del cliente. Con desmañada torpeza.

Walter Barclay, cerrados los ojos, masculló:

—Es también un abuso que tenga uno que afeitarse aquí.

—Costumbre de la casa, caballero.

El bofetón resonó hueco contra la mejilla de Barclay. Éste, que abrió súbitamente los ojos centelleando de furor, y se disponía a abalanzarse, se contuvo...

Ante su rostro brillaba la afilada hoja de la navaja barbera que sostenía, con la zurda, Livio Sparacino.

Y la cara abobada lo parecía más al exagerar el italoyanqui su fingido estupor.

—¿El caballero está descontento del servicio?

—Todos estáis confabulados... Tú mismo, ¿qué tienes que ver con mis asuntos? No vuelvas a tocarme la cara, Sparacino, o te juro que lo lamentarás.

En el dintel, asomó uno para silbar suave. Desapareció.

Livio Sparacino dejó la navaja, y empezó a enjabonar la cara de su cliente, en forma correcta. Susurró:

—Anda, soplón, ahí viene uno al que le puedes contar que te he dado un bofetón de parte de Gian Ludovici.

Walter Barclay volvió a cerrar los ojos.

Entró un hombre con uniforme azul liso. Llevaba cartucheras, pistola al cinto y en la gorra de visera, el emblema de la penitenciaría de Springfield, la Central de la capital del Estado de Illinois.

—¿Falta mucho, 17?

Livio Sparacino, en cuya guerrera a rayas, se destacaban los dos números pintados en negro, al igual que en su bonete redondo, sonrió más estúpidamente que nunca.

—Empiezo con el 183, señor. Pero puede esperarse.

—Vuelvo dentro de diez minutos, 17.

—Muy bien, señor.

Siguió enjabonando. Y tras unos instantes insistió:

—La bofetada es de parte de Gian Ludovici.

—Ni sé quién es. Te advierto una cosa, Sparacino. Algún día nos veremos en la calle...

—Yo saldré a fin de semana, caballero. Usted seguirá picando piedras, porque hay pocos días de lluvia tan continua. ¿El caballero desea que le apure muy de cerca el blando cutis?

—Acaba pronto.

—Por favor, no se mueva el caballero. Podría cortarle sin querer el blanco cutis. Muy blando. Usted ha ido a la universidad, me han contado. Pero no estudió un código muy importante. Si se forma compañía, no hay que delatar nunca a los compañeros. Es una ley llamada del hampa, pero esencial, caballero. Claro que el caballero, cuando mañana vengan los jueces encargados de la revisión general, puede retractar. —Se y jurar que se equivocó, que no era

rubio y joven, sino moreno y anciano, el que...

—Puedo también decir a los jueces lo que pasa aquí dentro. ¿No os lo habéis pensado?

—El caballero no deseará que encuentren a Katia muerta.

Walter Barclay volvió a cerrar los ojos, inmóvil, sometiéndose de nuevo a la pasada de la navaja hábilmente manejada.

—La vida es hermosa, caballero, y Katia tiene derecho a disfrutar de la vida hermosa. Usted adora a Katia, caballero. No lleve al lomo la amargura de ser el culpable de la infalible muerte de Katia, si mañana; los jueces de la revisión general siguen anotando que era rubio y joven, el que...

Asomó el mismo presidiario, dedicando un guiño a Sparacino. Casi tras él, el guardián.

—Vas bien afeitado, 183. Tú, 543, date una vuelta, hasta que termine con el señor.

Walter Barclay fue a enjuagarse el rostro bajo un grifo. Recogió su bonete, y salió a uno de los patios de la penitenciaría. Se agrupaban bajo los soportales los reclusos de la brigada llamada «Banca y Bolsa», en la jerga común del hampa. Los atracadores.

En las losas destinadas a pasear bajo el sol, la hora de descanso, repicaba la lluvia con machacona insistencia.

Y desde el día anterior, como si existiera un misterioso complot, al ir pasando Walter Barclay delante de alguno, oía una sola palabra, lanzada en voz baja, pero audible para él:

—¡Soplón!

Fue a sentarse, aislado. Cerró los ojos... Pensaba en Katia, la fascinadora mimosa, la que pronto vería, si en la revisión conseguía obtener que fuera de nuevo vista la causa.

—¿Un cigarrillo, Barclay?

—No fumo.

—Te lo estoy pidiendo.

Walter Barclay miró agresivamente al número 16. Otro italoyanqui. El que la noche anterior, repartiendo la sopa, de celda en celda, le había llenado la gamella, y al devolvérsela escupió dentro. —Y había reído, susurrando:

—«De parte de Gian Ludovici. Silencio, caballero. Iba a pagar lo que hicieras o dijese, tu Katia».

—No fumo, número 16.

—Steve Renzio.

—Anoche me callé, pero... ¿qué os figuráis todos vosotros? ¿Qué clase de conjura es la que os hace creer que yo voy a aguantar esto?

—Aguantarás. O habrá quien se cuidará de dejar seca a tu adorada Katia... —Y cambiando el tono, ahora banal, añadió el número 16—: Cuando llueve así, deja uno de ir a picar piedra en las canteras, pero se aburre uno...

El guardián pasó de largo.

—Mañana dirás que el que mató era moreno y de unos cuarenta. Te confundiste.

—A mí me interesa salir. Y cuando encuentren al que mató, comprobarán que si yo huía, era por temor que me achacaran el crimen, ya que estaba formando asociación con...

—Me lo sé. Aquí todo se sabe, novato.

—¿Quién es Gian Ludovici?

—Un verdadero talento. Es del Tribunal de los Veteranos.

—¿Tribunal de los Veteranos?

—No estoy aquí para darte clases. A fin de semana, con mi compañero Sparacino, me dan la paga y a la calle. Si te portas como debes, y mañana rectificas tu testimonio... volverás a ver a Katia pronto. ¿No sabes? Trabaja ahora en un elegante local. Sí, un local muy elegante. Pero en Chicago. Y Gian Ludovici tiene influencia. Puede sacarte pronto. Tiene abogados hábiles. Y dinero. Mañana dirás que el que mató al cajero, era moreno y maduro. Es sencillo. Te equivocaste...

—Aun suponiendo que me retractara, no me creerían.

—¿Por qué no, si eres el principal interesado? Hazlo, y no tardarás en salir. Tienes el beneficio de la duda. Hábilmente manejado por un abogado caro, con dinero de Gian Ludovici, no pasas ni seis meses picando piedra. Esta noche comerás sopa limpia. Doble ración. Me voy a fumar a otro lado. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí. He acabado los míos.

—Y no tienes dinero. No es que Katia no te envíe dinero, es que Gian Ludovici no deja que te llegue. Lo intercepta.

—Dame un cigarrillo.

—Mañana, si te retractas, recibirás ropa interior, jabón, tabaco, dinero... Jauja, caballero. Jauja...

Se alejó Steve Renzio.

Walter Barclay, cerrando los ojos, se reclinó contra la pared. ¿Qué era el Tribunal de los Veteranos? ¿Quién era Gian Ludovici?

Veía a Katia. Fascinadora, mimosa, tan femenina...

No volvió a oír la palabra acusadora, y por la noche comió sopa sin la infamante suciedad. Eran las diez de la mañana siguiente, y estaban en las canteras los que estaban eliminados de toda revisión, cuando vinieron a buscarle en su celda.

Pasó a un locutorio. Dos hombres, que ya conocía: policías. Uno de ellos, le dijo casi amablemente:

—Puede que esté usted de suerte, Barclay. Hemos encontrado un tipo, después de mucho buscar, que puede ser el rubio que usted nos quería hacer creer que mató al cajero. Van a entrar aquí «en rueda», siete individuos. Alguno es policía. Los restantes son delincuentes profesionales. Mírelos con calma, antes de ir a la sala del fiscal de la revisión.

Walter Barclay hizo girar entre sus manos, nerviosamente, el bonete presidiario. Lo convirtió en un amasijo, mientras contra la pared del fondo se iban alineando siete hombres de diversa talla.

Reconoció al instante al «joven rubio». Era el tercero de la fila empezando por la izquierda.

La sonrisa cínica, los ojos burlones, los pómulos salientes, aquellos labios delgados..., ahora sí que mirándolo tan iluminado por un foco que iba yendo de uno a otro de los «en rueda», lo reconocía.

Antes, todo había sido fugaz. Sólo había visto el perfil del que disparaba. Un rictus cínico... El lacio cabello rubio...

Si decía que era «moreno y maduro» sería estúpido. Había ya hablado insistentemente de un joven rubio...

Se acercó a otro, que era joven y rubio. Cara brutal, pero viril. No tarada, ni cínica, como el del pistolero que ahora se abanicaba con su sombrero negro.

Negro, color de luto, ataúd... Una asociación de ideas repentina. Y era tan femenina, tan mimosa, su Katia...

—Éste —dijo apuntando hacia el joven rubio, de cara ancha y brutal.

—Fíjese bien, Barclay —le recomendó uno de los policías, a su espalda—. Vuelva a mirar a todos. ¿No es el primero?

—No. Es este hombre. No puedo equivocarme. Es este hombre.

El tercero de la fila, a partir de la derecha. Éste es el que mató al cajero.

Se apagó el foco, y el policía que estaba junto a Barclay, anunció:

—Van a pasar uno a uno delante de usted, Barclay. Se pararán y le sonreirán.

—No hace falta. No puedo equivocarme. Es éste.

Tenía Barclay el convencimiento de que estaba acusando a un policía.

Fueron y endose uno a uno los convocados al careo. Menos el joven rubio de cara brutal, que se paró delante de Barclay, y con sonrisa escéptica, casi de lástima, dijo:

—Eres un caso, Barclay. Tanta bulla con el rubio joven, y sí, soy rubio y tengo veinticuatro años, pero cuando mataron al cajero, yo estaba al sur de Illinois, en compañía de otros tres y de mi jefe, el inspector Kelly. Todos del gremio contrario al tuyo, Barclay. Mala suerte para los mentirosos como tú. Vamos, ven conmigo a la sala del fiscal.

—Espera, Jarvis. Hay algo raro en éste... De los siete alineados, tú eres el menos parecido al que describió en el atestado. No te molestes, Jarvis, pero cuando sonríes no tienes cara de cínico, sino de chaval que padece de la barriga. Oiga, Barclay, ¿quién le ha trabajado, quién le ha llevado a retractarse?

Walter Barclay estaba ya decidido.

—No sé de qué me habla. Yo persisto en que... Bien, el que mató al cajero, se parecía a este policía.

—Cambia una letra, Barclay —dijo, ceñudo, Jarvis—. Algún día quizás estrangule a mi casero... Andando, al fiscal. Denegada la revisión. Te inventaste el rubio joven y cínico, que dispara riendo silenciosamente.

* * *

Al día siguiente, el recluso Barclay recibía un nutrido paquete: ropa interior, jabón, colonia, cepillo de dientes, y el oficial de peculio le anunció que tenía en su agotada cuenta, un haber de cien dólares.

Y por la tarde, le vinieron a buscar para conducirlo a la sala de

abogados.

Un individuo alto, flaco, cara ascética, se caló los lentes con pinza de oro, antes de volver a sentarse.

—Celebro conocerle, Barclay. No es ironía, puesto que confío en obtener prontamente su libertad provisional, ya que he interpuesto demanda de nulidad. Tiene usted el beneficio de la duda. No me ocupo de casos perdidos o inmorales. El suyo es netamente defendible. Primero, al ser detenido mientras se alejaba corriendo del lugar del crimen, no le fue hallada arma alguna. Segundo, no llevaba usted encima el dinero robado. Tercero, le impulsó a huir, el temor de verse acusado...

A medida que el abogado exponía los motivos por los que iba a obtener una libertad provisional, Walter Barclay se sentía revivir.

Volvería a ver muy pronto la nacarada tez de la femenina y mimosa Katia.

—... otra firma aquí, y ya está.

—¿Cree usted que saldré pronto?

—Los trámites necesarios durarán seis días a lo sumo. Salvo contratiempo ajeno a mi labor, usted estará en libertad provisional dentro de una semana. Celebro haberle conocido, Barclay. Hasta pronto.

—Gracias.

Quitándose los lentes, el abogado dijo suavemente, en voz más baja:

—A mí no me de las gracias. A una señorita llamada Katleen Murray. Ella pudo sufragar mis honorarios. Tengo muchas influencias, y por ello, mis honorarios son crecidos, ya que es difícil obtener la libertad provisional de procesados con sus antecedentes, Barclay. La señorita Murray cree en su inocencia. Yo me atengo al beneficio de la duda.

—¿Cuánto pagó?

—Dos mil dólares. Buenas tardes.

¿Dos mil dólares? Una fortuna que Katia no tenía ni podía ganar en un año...

Regresó a su celda. Cambió media hora después. Pasaba a la galería de «oxigenados». Los que estaban esperando la libertad provisional.

CAPÍTULO II

El «Blue Illinois» se remontaba desde Springfield por el fértil valle, y los tramos férreos seguían a veces completamente paralelos al curso del río que daba nombre al Estado.

Cuando anochecido, el tren se separaba del río, penetraba ya en el dédalo confluencial de rutas asfaltadas y vías que formaban el enmarañado barrio oeste de Chicago.

Para Walter Barclay, la ciudad erigida al borde sudoeste del Michigan, ya visitada en breves estancias en sus tiempos estudiantiles, era ahora el paraíso donde se encerraba la promesa de un futuro redentor.

No era la ciudad de los advenedizos, de las matanzas callejeras, del Imperio del Gánster, sino el Edén donde le esperaba ella: Katia.

No había recibido una sola línea de Katia. Pero al serle comunicada la libertad provisional, cuando reintegraba al ropero su ropa rayada, para recuperar la vestimenta del individuo libre, alguien susurró:

—«Cavern Rock, Sedley 33, tu Katia».

No pudo identificar a quien le informaba. Sólo veía espaldas grises a rayas negras, que se alejaban de cuatro en cuatro, hacia el patio donde se distribuirían en equipos de pala y pico.

En el trayecto desde la capital a la mayor ciudad del Estado, Barclay se había formulado un cuestionario. ¿Por qué Katia abandonó Springfield? ¿Por qué dejó su empleo de manicura en el hotel de Springfield, para trabajar en un «elegante local» de Chicago? ¿Cómo había obtenido dos mil dólares?

Mientras abandonaba la estación, teniendo a instantes que abrirse paso a fuerza de codos, o siendo empujado violentamente, si se detenía, por las riadas humanas que afluían de las bocas de

bajada del ferrocarril aéreo, Walter Barclay no pudo evitar recordar el origen de Chicago.

Ciento cincuenta años antes, nacía el primer niño de piel blanca en aquella orilla, poblada de tiendas indias, que al quedar convertidas en cenizas, fueron sustituidas por barracones de madera de pioneros.

Y todavía no había transcurrido un centenar de años desde la época en que los lobos erraban aullando por aquellas márgenes, ahora bordeadas de rascacielos.

Lobos que se disputaban las blanqueadas osamentas de las víctimas de la más reciente matanza india.

Y en 1930, seguían los lobos merodeando por las márgenes del Gran Lago. Lobos de rictus sádico, de sonrisa cínica, de ojos burlones, de lacio cabello rubio...

O de cara abobada, manazas de estrangulador, mandíbulas de carnívoro bestial... como Livio Sparacino.

—¿Calle Sedley, 83, me hace el favor? —preguntó a un guardia que lentamente paseaba la acera, despejada ya de los aludes humanos, al quedar distante una de las doce estaciones ferroviarias terminales.

—Tome la Jefferson siempre hacia el norte, y cuando llegue al cruce con la 31, a la izquierda, hasta los Siete Puentes.

Los Siete Puentes... Una serie de ramales líquidos, artificialmente alineados, en canalización donde se estacionaban barcazas, para descargar en los grandes depósitos, las mercancías que traían los barcos de los Cinco Grandes Lagos.

Un barrio sórdido, con tabernas marineras, teatruchos inmundos, míseras viviendas donde se hacinaban colmenas más pobladas por zánganos que por laboriosas abejas.

Nunca había estado en los Siete Puentes. ¿No había dicho Steve Renzio que Katia trabajaba en un local elegante?

Caminó sintiendo en su rostro la mordedura de la glacial ventolera procedente del tempestuoso lago. Pero al girar en el cruce con la 31, al áspero embate sucedió la encalmada de una atmósfera más densa.

Ya no era la amplia avenida, sino una calle que pronto se truncó en varias callejuelas descendentes.

Los faroles despedían mortecinos fulgores, brillando como

un charol circular espacios de las quietas aguas canalizadas.

Barcazas ancladas, lanchas patrulleras ocupadas por uniformados guardianes, y un olor a petróleo, a sopa de coles, a miseria...

La calle Sedley era un callejón sin salida aparente, terminando en una tapia sin puertas. El número 33, era el último de la acora izquierda.

Desde su principio, en la calle Sedley se alternaban tenduchos ambiguos, *cabarets* y teatrillos indefinibles en su género.

Entre el número 27 y 31 había un zaguán en concha con una taquilla, y carteles. Ostentaban un florido arco que anunciaba:

«Opera Bufo».

Abundaban los nombres italianos en los carteles de programación. La pieza que se representaba aquella noche llevaba el título de:

«NOTTES APPASSIONATTAS»

El número 33 estaba escasamente iluminado por un farol amarillo. Parecía la entrada de cualquier patio de vecinos.

Un corredor, a cuyo extremo había otra puerta. Estaba cerrada. Llamó impaciente.

No abrieron, sino que a una altura aproximada a su rostro, vio un recuadro parecido a una coladera. Una voz poco amable inquirió:

—¿Qué pasa?

—Me llamo Barclay, y me dijeron que aquí reside Katia.

—Katia, Katia... Aquí vienen Katias a montones, según qué noches. Se ve que viene usted de fuera. Son las ocho, y no queda abierto al público este local, hasta las diez.

Cerraron la mirilla. Walter Barclay volvió a golpear la puerta, esta vez con el puño cerrado.

Golpeó con más insistencia, exasperado, al transcurrir minutos.

Dio media vuelta, porque desde atrás le interpelaban groseramente, con insultos incomprensibles.

Tres individuos en mangas de camisa, vistiendo uno de ellos un pantalón verde con lista amarilla desde la cadera al dobladillo...

Rufianes morenos, de piel aceitunada. Formaron un semiarco a

dos metros de distancia, ocupando el corredor.

—Debería romperte los huesos, provinciano del demonio. ¿Es que tratas de derribar la puerta, imbécil? ¡Andando, largo de aquí!

Walter Barclay no era cobarde, pero sí inteligente. No podía hacer nada contra aquellos tres dogos.

Dijo:

—Vengo de fuera, y creí que estaría el local...

—¡A las diez, apertura! Y no vuelva usted a interrumpir al honrado personal que está cenando. Largo.

Se apartó el que hablaba, el del pantalón listado. Los otros dos parecieron defraudados...

Walter Barclay caminó lentamente. Tenía la impresión de que era imprudente presentar la espalda, pero pudo llegar al callejón sin novedad.

¿Qué antro era aquél? Sería un tormento esperar aún dos horas... Tenía que esperar. Ya había aguardado dos meses y medio, más exactamente, setenta y siete días, desde que sintió en sus muñecas el ofensivo contacto de unos cercos de acero.

Abandonó el callejón, y poco después aspiraba de nuevo el aire azotador, pero vivificante. Entró en un restorán. Iba a cenar como un ser humano. Solo y con cubiertos limpios sobre el mantel, vistiendo de liso color marrón.

Tenía aún noventa dólares, del envío hecho por Katia. Trató de hacer honor al menú elegido, pero no podía. Constantemente miraba un reloj de pared que le parecía atacado de parálisis.

El minuterero tardaba horas en recorrer el corto trecho entre una cifra y otra.

Había mujeres elegantes, acompañadas por individuos que mostraban la alegría de vivir.

Pero Barclay sólo veía un reloj tardo en su recorrido, y una imagen. La rubia y vaporosa gracia etérea de Katleen Murray.

Fina como un bambú, graciosamente modelada, deliciosa sonrisa de picara malicia bondadosa. Había sido un hallazgo en su camino de perdición.

Ella ignoraba que un hombre que tenía un tarjetero, donde las cartulinas bajo el nombre ostentaban el título de diplomado en Bellas Artes, todo un artista al parecer, estaba fichado...

Le debió ser cruel averiguar de pronto que lo habían detenido

acusado de homicidio en primer grado, en la persona de un cajero.

Un cajero que ni conocía. Un hombre de aspecto apocado, que estaba mirando como él mismo, unos cuadros en la «Tate Gallery».

Una sala silenciosa, de tapices amortiguadores, templo de arte... Y de pronto, un individuo joven y rubio, riendo en mueca sin ruido, disparando fríamente, y arrebatando un maletín de manos del que sangrando, trataba de mantenerse en pie, asido al pequeño poste que sujetaba uno de los cordones de terciopelo separando los cuadros del público...

Walter Barclay había reaccionado instintivamente, corriendo, porque la boca negra de la pistola humeante, se dirigía hacia él.

Luego, un ujier que juraba sinceramente que no había visto a ningún joven rubio, con gabardina azul y fieltro negro...

Juraba que sólo estaba Barclay con el asesinado. Un cajero que tenía cita allí con el representante de la galería de arte.

¿La pistola con la que mató? ¿El maletín con el dinero? Los entregaría a un cómplice, que huiría por el pasadizo de salida posterior de la «Tate Gallery».

Walter ya estaba fichado como cómplice de una falsificación de grabados antiguos, pero sólo fue condenado a seis meses por no haberse efectuado la venta de las falsificaciones.

Además se sabía que era amigo de un tal Rocky Butler, que reclutaba jovencitas para lanzarlas como ganchos en los trenes donde viajaban los ganaderos que iban a comprar, o volvían de vender...

Y Rocky Butler, al ser detenido Barclay, se había esfumado.

Ahora, una mirada al reloj cortó la evocación. Eran las nueve menos cinco, cuando abandonó el restaurante.

Caminó apresurado hacia los Siete Puentes. No abrían hasta la diez, pero Katia llegaría antes... Sólo que no entraría por aquel mal iluminado corredor.

Y podían surgir de nuevo los tres del «honrado personal». Cuando pasaba ante el zaguán en concha, las rutilantes luces le atrajeron.

Todo cambiaba. Se sentía optimista. El callejón antes apagadamente torvo y siniestro, era ahora alegremente ruidoso y claro.

Esperaría las diez, allí dentro. A oscuras, le precedió el haz de

una linterna ante los pies, y ocupó la mullida butaca.

En el escenario, una morena con largo y picudo sombrero de la Edad medieval, largo velo de gasa, y brevísimo faldellín, cantaba fingiéndose acompañada de un laúd.

Estallaron carcajadas cuando el cómico, ataviado de trovador, cantaba una romanza, dando notas graves ahogadas en el busto de la que era mucho más alta que él.

Chabacano, pueril, casi, inocente en su propia procacidad. Y la oscuridad era cómplice para el que no quería mirar ningún reloj...

Una pareja cercana se desentendía del escenario. Al otro lado, un hombre de blanco cabello y rostro congestionado, reía en relinchitos agudos...

—¿Qué hora es, por favor?

Repitó la pregunta. El viejo gruñó:

—Entreacto a las diez.

No podía tardar en acabarse aquel acto, que acumulaba carreras por el escenario, desnudeces y chistes que no comprendía.

Se hicieron las luces, y abandonó su butaca. Un pasillo estrecho, por el que tuvo que avanzar a paso de tortuga.

El vestíbulo ya abarrotado, y por fin, le quedaban veinte pasos al Edén.

No había ya una luz amarilla, sino globos incandescentes de potencia luminosa, y un arco que decía:

«CAVERN ROCK»

Un portero ceremonioso, alto, amplio, con guerrera verde y gorra de almirante. Un corredor de blancas paredes con vitrinas repletas de fotografías femeninas...

El portero, erguido, tocó el borde de su visera, y sonriendo cortésmente, saludó:

—Buenas noches, señor.

Un tono muy distinto, pero era la voz que dos horas antes le había llenado de impropiedades malsonantes.

Y la puerta al fondo, abierta, una cortina de vivo granate, un ruido apagado de música...

Un camarero con chaquetilla blanca, otro del «honrado personal», apartó la cortina. La música estalló en endiablado Charleston.

Una morenita graciosamente idéntica a una doncella de opereta, con su cofia de encajes, su delantalito, su negro vestido, al que faltaba un palmo para cubrir las rodillas, y llevando ante el pecho, una caja sujeta al cuello por lazos rosas, se acercó:

—¿Bombones, cigarrillos, señor?

Una docena de mesas, una pista, el estrado de la orquesta, y al fondo un bar rutilante. Tres camareros, la vendedora, dos «barman», y él...

Un reloj marcaba las diez y dos minutos.

Se dirigió al bar. Le sudaban las palmas cuando las aplicó sobre la barra.

—Buenas noches, señor. Pronto empezarán a venir las artistas. ¿El señor desea?

—Algo helado.

—Al instante, señor.

Barclay miraba con fijeza ante él. Un espejo que reflejaba toda la pequeña sala. Se estremeció...

No, no era Katia, aunque también rubia... Y se acercaba hasta encaramarse en uno de los altos taburetes. Vestida de blanco, de largo, zapatos plateados, sujeta la tela sin tirillas en los hombros...

Cogió Barclay, con mano temblona, el alto vaso. Bebía cuando a su lado, en el espejo, vio la amplia corpulencia del que con rostro embobado, caída la mandíbula inferior, un mechón de negrísimo cabello brillantando sobre la estrecha frente, decía:

—Un doble de menta, Ted.

CAPÍTULO III

Barclay volvió a aferrar la barra niquelada, tan pronto dejó el vaso. La rubia parecía esperar a alguien, mirando hacia la puerta.

Livio Sparacino acodado en la barra, examinaba con las cejas en alto, un estante de frascos a su derecha. Como si no conociera al que estaba rozando su codo izquierdo.

—Ted, ¿qué hay en aquel frasco azul? —preguntó:

—Es jarabe de grosella, señor.

—Qué asco...

Así hablaba el hombre que le había abofeteado «de parte de Gian Ludovici», un desconocido para él.

Entraron tres mujeres, yendo hacia una mesa. La orquesta recuperó el brío al cambiar las luces su color natural, en un rojo mitigado, con zonas de penumbra...

—Hola, Sparacino.

El italoynanqui dejó su vaso, miró al espejo, y siempre sin otra expresión más inteligente, el rostro da gruesos labios y carnosa nariz, dijo:

—Hola. Me llaman Sparry por aquí. Es más cómodo.

—Espero a Katia.

—Katia... ¿Quién es ésa?

—Mi novia. La que trabajaba de manicura en un hotel de Springfield.

—Katia... Oye, Ted, ¿conoces a alguna Katia?

—Creo que hay una chica llamada así, ¿no, Telma?

La rubia interpelada, abandonó su observatorio. Indicó:

—Hay una Katia, que no ha venido aun.

—Es la chica del caballero —anunció Livio Sparacino.

Walter Barclay empezó a sentir deseos de romper algo...

—Sparry... Tú sabes bien quién es Katia.

—¿Yo? Oye, Ted... No le cobres al caballero. Invita la casa. Estás incluida en el convite, Telma. ¿Qué vas a beber, Telma?

—Naranjada helada, Ted —pidió la tanguista.

—Anda, Telma, a tu mesa. Ya vendrá tu hombre. Pero primero vendrá aquí.

La rubia se alejó sin comentarios. Walter Barclay repitió:

—Tú sabes bien quién es Katia. He llegado hace dos horas, y es un infierno esperar cantos días...

—Yo soy conocido en la casa, pero no el amo. El jefe del personal es Dicky Palermo. Un chico simpático. No ha llegado todavía. Hacia las diez y cuarto, en su oficina, puede reciberte.

—Quiero ver a Katia.

—Puede que esta noche no venga. Tienen una noche libre, por semana. Dicky Palermo no explota a nadie.

El hombre que estaba esperando Telma, entraba. Pero ella sabía comprender las alusiones, y el bestia de Livio Sparry le había dicho bien a las claras, que permaneciera en su mesa.

Walter Barclay cogió de nuevo el vaso, para sentir en su diestra el helor...

A su izquierda, donde poco antes estuvo la rubia Telma, ahora un individuo, elegante en su traje gris, sin rayas, pidió:

—Un doble de menta, Ted. Hola, Livio.

El hombre que había escupido en la sopa... Steve Renzio.

Y que también fingía no ver...

—¡Caramba, pero si es el caballero Barclay! ¿Qué tal, caballero? ¿Estudiando las obras maestras de la pintura moderna? Vaya sorpresa, ¿verdad, Livio? El mundo es un pañuelo sucio.

—Katia. Quiero verla. Yo cumplí... Vosotros me prometiste que si le hacía caso a un tan Gian...

—¡Calla, ansioso!

Sonreía Steve Renzio, pero su diestra era una garra, al rodear el antebrazo.

—Mejor no citar nombres, ¿comprendes? Te dieron una dirección, porque es aquí donde viene a trabajar Katia. Esta noche estará libre. Han llegado ya las demás...

—La dirección. ¿Dónde vive?

—Ésta la tiene Dicky Palermo. Ya habrá llegado. Vendrá a echar

un vistazo a la sala.

—Quiero la dirección de Katia.

—Vaya prisa que tiene el caballero, ¿no, Livio?

Los dos «barmen» se mantenían cada uno al extremo más distante de donde se reunían los tres únicos clientes.

—Das la vuelta al bar, por aquel lado, y encontrarás una cortina roja. La apartas, y hay un pasillo. La primera puerta al fondo derecha, es el despacho de Dicky Palermo. Puede que haya llegado. Si no ha llegado, no tarda. Espérale. Y no te vayas sin despedirte, caballero Barclay.

Walter Barclay echó sobre el mostrador un billete. El camarero que había servido, grueso, achatada la faz, no acudió.

El billete lo cogió Livio Sparacino, y abandonando el alto taburete, avanzó el largo brazo. Su manaza tocó la chaquetilla blanca, introduciendo el billete en el bolsillo superior.

—Todo tuyo, Ted. El cambio lo guardas.

—¡Gracias, Sparry!

Bajando la voz, susurró Ted:

—¿Es éste el tipo qué...?

Se calló. Los dos italianos le miraban a la vez. Ted Cochran podía ser pugilista retirado, y vigoroso. Pero como la rubia Telma, sabía interpretar ciertas miradas.

—No dije nada, no dije nada, ni vi nada. Es que supuse que como soy de toda confianza... Bueno, gracias, Sparry; gracias.

Walter Barclay había apartado la cortina, y caminaba por un largo corredor. Casi veinte metros hasta llegar a la puerta del fondo, a la derecha.

Una puerta abierta, en la que un rótulo negro destacaba sobre la madera barnizada. Las letras en esmalte blanco decían:

«*DICKY PALERMO*»

No había luz en el interior. Barclay entrando, buscó el interruptor, pero antes de que lo encontrase, brotó la luz de la pantalla sobre la mesa despacho.

Unos pies calzados de tafilete negro, calcetines de seda negra, pantalón negro, bien visibles sobre la mesa.

Más atrás reclinado en el sillón, un busto poco vigoroso, casi enteco, en americana cruzada negra bien entallada, con mucha

hombrera acolchada.

Una camisa negra, donde la amarilla corbata tenía mayor realce. Un rostro triangular, de labios delgados sonrientes, ojos azules burlones, una piel de blanco enfermizo, un cabello lacio, rubio...

A espaldas de Barclay la puerta se cerró. Más luz, esta vez brotando del interruptor pulsado por Sparacino mientras Steve Renzio decía:

—Éste es el soplón, Dicky.

CAPÍTULO IV

Dicky Palermo quitó las piernas de la mesa. Se frotó las largas manos, delgadas, sensibles...

En su meñique izquierdo, resultaba casi grotesca la enorme piedra negra del anillo. Pero no podía ser grotesco aquel individuo que parecía ir de luto, salvo la amarilla corbata.

Walter Barclay tomó asiento, porque la mano con el anillo negro hacía un gesto blando, invitador.

La voz era ronca, como saliendo de mayor capacidad torácica que la entallada eh la americana de buen corte.

—Bienvenido, Walty. Aquí, entre los amigos, nos damos diminutivos. Forma un ambiente simpático. Yo me llamo Dicky, este Sparry, y el otro Steve. ¿Qué tal tus cosas, Walty?

—Hoy salí en libertad provisional. El abogado Hymes, consiguió también el permiso para fijar dos residencias en todo el estado. Me dijeron que Katia estaba aquí...

—¿Quién te dijo eso, Walty?

Una expresión cariñosa en el rostro triangular, de pómulos salientes. Casi de extrañeza, cuando miró después a los dos italianos en pie, cerca de la puerta.

—En guardarropía, mientras retiraban mi ropa, y pasaban los demás hacia el patio a recoger las herramientas.

—¿Qué guardarropía y qué patio, Walty?

—En la cárcel de Springfield —dijo, ceñudamente, Barclay.

Estaba dispuesto a soportar el sentido especial que tenía del humorismo Dicky Palermo, el asesino del cajero.

—Ah... La cárcel de Springfield. ¿Y cómo fueron a meterte en la cárcel, Walty?

—Me acusaron de haber matado a un hombre.

—«¡Fiú, fiú!» —silbó, rientes los ojos, Dicky Palermo.

Tampoco resultaba grotesco aquel silbido de admiración en dos tiempos, que se podía oír por las calles al paso de una mujer bonita.

No podía serlo en aquel despacho donde un ventilador vibraba monótono...

—¿Habéis oído, muchachos? Mató a un hombre. Suelen ser severos los de Springfield. ¿Cómo te soltaron? No vayas a asustarme diciéndome que te escapaste, Walty.

—El abogado Hymes, consiguió interponer recurso por el artículo 245 del...

—En plata, Walty, ¿quieres?

—Por el beneficio de la duda. No me encontraron arma ni maletín con el dinero.

—Ya. Se trataba pues de un atraco. Ahora recuerdo que lo leí. Eso es. Lo leí. Y anduvieron buscando a tu cómplice. Un tal Rocky Butler, del que no tenían fotografía ni señas, aunque sabían que se dedicaba a sucios negocios. No lo han encontrado. Pero tú sí sabrás dónde está Rocky Butler.



—No. No he vuelto a saber de él.

—Ahora recuerdo que tu defensa se basaba en citar a un pistolero rubio y joven...

—En la rueda identifiqué a uno que me constaba era policía. Lo era.

—Tipo simpático este Walty. Vaya con las coincidencias. Yo, Dicky, tú, Walty... Hay un Rocky desconocido, al que me gustaría

conocer. Muchacho, ¡qué mala jugada te hizo! Largarse con el maletín, que según los periódicos, contenía setenta y dos mil dólares. El pago de seis cuadros, en efectivo. Parece mentira, Walty. Tú eres un chico de escuela de pago, un artista con cultura y todo eso... Dejaste sin paga a seis pintores, que luego no pudieron vender sus cuadros.

—Katia. Su dirección. —Y Barclay procuró hablar sin hacer patente su íntima exasperación.

Casi prefería al bruto de Sparry, o al maligno Renzio, a aquel rubio cínico, debilucho, al que con los puños limpios, podía noquear en menos de tres puñetazos...

—¿Katia? —Y de nuevo la expresión de extrañeza en el rostro triangular.

—Katleen Murray.

—Haberlo dicho antes, Walty. ¿Y qué quieres que le diga a Katleen?

—Dame su dirección.

—Haberlo dicho antes, Walty. Vive en el número 153 de Lincoln. Una casa preciosa. Con jardín y todo, planta baja y un piso. Tres cuartos de baño... ¿A dónde vas, Walty?

—A verla. Es mi novia.

—Mira qué cosas se saben de pronto... El 153 de Lincoln Avenue es mi casa, Walty. Tienes que estar confundido. Porque Katleen es mi chica...

En pie, tardó Barclay unos segundos en reaccionar. Pero la acumulación de contenido enervamiento, estalló...

Se abalanzó, convulso, gritando:

—¡Canalla, asesino, cobarde!

No se movió Palermo. Seguía sonriendo.

Un puñetazo en el flanco, seguido por otro más fuerte en la sien, hizo tambalearse a un lado y otro a Barclay. Reaccionó con energía enloquecida.

Pero a cada lado, los puños de Sparacino y Renzio, lo convertían en un «puching». Como un tentempié de goma, que no caía porque iba sosteniéndose vertical por obra de los atinados puñetazos...

Sin sentido, continuaba recibiendo la brutal paliza. Lo estaba levantando al fallar un izquierdazo, Renzio, y el otro asestaba, deliberadamente lentos en preparación, dos demoledores ganchos al

estómago, cuando acabando de encender su cigarrillo dijo Dicky Palermo:

—Ya está bien, muchachos. Os vais a sudar el cuello de la camisa. Es asunto terminado. Llevadlo al desagüe, y ya estamos tranquilos. Gian Ludovici quedará contento.

Asido por sobacos y bajo las rodillas, inerte, conmocionado, Walter Barclay fue llevado por el pasillo lateral, que no daba acceso al local, sino a un patio oscuro, donde se amontonaban cubos de basura, cajas vacías, y desperdicios.

Había un vertedero al fondo del patio, Ancho y de pronunciada rampa, se hundía en fangosas aguas de la cloaca de los Siente Puentes, que desembocaba en el remolino del colector.

Antes de colocar al conmocionado y sangrante liberto provisional en la boca del vertedero, Steve Renzio golpeó la base del cráneo con la culata de su «Savage».

Empujó Sparacino con el pie... El cuerpo muerto se deslizó con progresiva velocidad. Se oyó el chasquido de las aguas al abrirse...

En el cuarto de aseo del pasillo, los dos «gangsters» se lavaron las manos. Steve Renzio enjabonó también la culata, exprimiendo después la esponja.

Rectificaron sus cuellos de camisa, el nudo de la corbata, y con intervalo de minutos, abandonaron el «Cavern Rock», por la salida lateral.

En la pista ya animada, bailaban tres parejas. Dicky Palermo en la barra, sonreía, amistoso, denegando la invitación de dos matrimonios provincianos, que, desde su mesa, manifestaban interés por conocer al jefe del personal, al gerente.

Uno de los maridos, bisbiseó:

—Ahí donde le veis, es un muchacho temible. Me dijo Elmer que a principios de año, él sólo despachó a los de un «gang» que vinieron aquí a imponerle su «protección».

—¿Protección?

—Sí, mujer. Pagar una cuota semanal a un jefe de «gang», si no quiere que le rompan los muebles, para empezar... Es todo un león ese Palermo.

Eran las once, cuando concurrido ya el local, entró una muchacha rubia. Era gentil, modelada esbeltamente, con curvas redondas, de Juvenil plétora.

El vestido de noche, azul claro, la hacía más deliciosa. Se encaminó hacia el bar, y dejando su bolso y chaquetón en un taburete, dijo:

—Lo siento, Dicky.

—Llegas tarde, Katia. Ven.

Dicky Palermo contorneó el bar, y poco después entraba en su despacho, donde ya no quedaban huellas de sangre...

Katleen Murray, temerosa, explicó:

—No ha sido culpa mía. Eran ya las diez, cuando le dije a Steve que llegaríamos tarde. Se fue al teléfono para llamar un coche, porque me dijo que tenía avería el suyo. Yo hubiera podido coger un taxi, pero como me lo tienes prohibido, esperé, y el taxi... se averió también.

En los ojos azules de Katia había temor. Dicky Palermo rió cariñoso:

—Bueno, por esta vez, olvidado, nena. Pero ya sabes que no transijo con excusas. Hay que llegar lo más tarde a las diez y cuarto.

—Dicky... ¿Hasta cuándo tendré que...?

Retrocedió ella, ya ejercitada. Y la zurda en revés no le azotó el pecho. Un brutal gesto peculiar en Dicky Palermo.

—Me disgustan las mujeres preguntonas, Katia. ¿No hemos quedado de acuerdo en que esperarás aquí y en tu piso, hasta que llegue tu amor?

—Salió libre esta mañana. Lo he leído en la prensa Se Springfield, que recibo todas las tardes. Y el pobre Sin recibir carta mía, me buscará...

—Y te encontrará, chiquilla; te encontrará. Andando a tu sitio, y recuerda lo convenido. Verás al pequeño Bobby, cuando nos pongamos de acuerdo tu hombre y yo.

Katleen Murray prefirió no insistir. Ya vendría Walter... y entonces terminaría su pesadilla constante.

En el típico *cabaret*, todo era animación. Y sonreía juvenil y alegre la rubia tanguista que sesenta y seis días, antes, era aún manicura con buen sueldo de un hotel de la capital.

Hasta que se sometió inmediatamente, sin protestas, sin rebeldía, al extraño mando que «de parte de Gian Ludovici», ejercía Dicky Palermo.

CAPÍTULO V

Dos noches después, a las diez en punto, entraba en el «Cavern Rock» un desconocido. La orquesta tocaba en sordina.

Casualmente, aquella noche Steve Renzio y Livio Sparacino, tenían que esperar una orden, que les obligaba a ocupar una mesita a un lado del bar, desde donde veían la cortina que tapaba el acceso al pasillo particular.

No miraron al que en la barra, pidió:

—Leche tibia.

Ted Cochran manipuló en el tubo de vapor, y trajo el vaso humeante.

—Dije tibia —reiteró el desconocido.

Hablaba incisivamente, como mordiendo las palabras.

—Con dejarla enfriar, arreglado, señor —manifestó Cochran.

El vaso describió un arco blanquecino, estrellándose contra el espejo a espaldas del camarero, tras rozarle el hombro.

—Leche tibia —volvió a pedir el cliente.

El «barman» aspiró aire a fondo. Era peso pesado.

Casi sintió lástima por aquel huesudo y larguirucho desconocido, de claros ojos grises, y que parecía incapacitado para apartar los dientes al hablar, aunque hablaba calmoso.

—No lo vuelva a hacer, ¿se entera? —contemporizó Ted—. Le va a costar tres dólares su leche tibia. Un vaso roto, y la estrella del espejo. Y un poco más, si no me aparto a tiempo, me estrella también el vaso en la cara.

—Menos charla a ver esa leche tibia.

—Abone los tres dólares y aguante el geniecito, forastero.

Había algo en aquel forastero. ¿Eran los ojos inhumanos? ¿Era que parecía un alambre tenso y a la vez daba la impresión de calma

indiferente?

Ted Cochran reconocía pronto, por señales difíciles de definir, al killer profesional^[1].

A cada lado del alto y huesudo individuo, se acodaron Steve Renzio y Livio Sparacino.

—¿Pasa algo, Ted? —preguntó Renzio.

—Este cliente que se ha puesto agresivo. Me pide teche tibia y...

—Me la sirves echando humo, Ted. O sea, volando, y menos conversación —pidió el cliente, hundidas las manos en los bolsillos de su larga chaqueta de franela gris.

Steve Renzio miraba al espejo, cuando dijo:

—Aquí no se estila estrellar el vaso.

—He leído que en Rusia cuando los zares, sí. Pero a mí, cuando me da la gana, tengo por costumbre hacer lo que me da la gana.

—Está usted borracho, amigo, vaya a buscar camorra a otra parte.

—Eso le decía yo al camarero, que no buscara gresca.

Los dos pistoleros miraban al espejo. La imagen reflejada les intrigaba. No era un borracho ni un fanfarrón...

Intervino Ted Cochran:

—¿Echo a este tipo? —preguntó, mirando a los dos italianos.

—Por mí que se quede, Ted —dijo el huesudo cliente—. Y venga ya esa leche tibia. ¿Es que no viene la vaca, o qué, Ted?

Steve Renzio, con el mentón, invitó al camarero a apartarse. Livio Sparacino, caído labio inferior, esperaba los acontecimientos.

Entraban ya varias tanguistas. Tenían por lema y arraigada convicción, no inmiscuirse en asuntos ajenos al bailoteo profesional.

Igual que el cuarteto melódico, que arreció en su interpretación de un *fox*.

Sonrió Steve Renzio:

—Tiene usted cemento en la cara, amigo...

Parecía estar hablando con alguien delante de él, invisible.

—Mejorando lo presente —replicó sin sonreír, el cliente.

—¿De qué pueblo viene, amigo?

—¡Venga, Ted! Leche tibia, Ted —pidió Vernon Fraser.

—Sírvele al señor, Ted —apremió, burlón, Renzio.

—Dale su lechecita tibia bien a punto, no se vaya a tomar una perra.

Ted Cochran colocó el vaso delante de Vernon Fraser, el cual, siempre sin variar su tono mordiente y calmoso, dijo:

—Bébetela, Ted. Ya no la quiero. No puedo bebería.

—¿Por qué no? —preguntó agresivo, exasperado, Livio Sparacino.

—Porque no soy ningún fenómeno, y tengo sólo dos manos. En la de tu lado, cara de idiota, algo que te apunta la barriga. En la del otro, lo mismo de lo mismo. ¿En qué demonios de antro he ido a meterme? Pido leche tibia, y se arma una revolución. El gordo que ha de servir como se debe, se pone tonto, y liegas tú, a preguntarme de qué pueblo soy, y este cara de mulo, parecía esperar a ver qué efecto me producía la leche tibia. Estoy hablando tanto, para que os fijéis en que manteniendo la misma distancia, todos saldremos con bien.

La orquesta tocaba el fox de éxito:

«Tenorio barriobajero».

Steve Renzio pidió:

—Un doble de menta, Ted. Sirve, pronto.

Al otro lado, Livio Sparacino insinuó:

—No me diga que lleva usted artillería repartida por los bolsillos. Es una tontería ponerse así...

—Lo es. Póngase de otro modo. Yo no les busqué.

—¿Es que busca algo?

—Preguntón su hermanito.

Los claros ojos miraban ahora a Steve Renzio. Éste terminó de beber el alcohol teñido de verde.

Se apartó sin comentarios, yéndose, seguido por Livio Sparacino, algo remolón. La cortina roja volvió a barrer el suelo con su fleco pesado.

Ted Cochran, cruzado de brazos, trataba de asumir un aspecto de hombre ajeno a la presencia de aquel huesudo matón, al que simbolizaba mentalmente como una mecha.

La mecha podía ser delgada, pero levantaba en astillas un barril, poderoso de dinamita, tan pronto prendía. Y «prendido» aquel sujeto de acento tejano por la calma, atacado de íntima hidrofobia por el modo de morder las palabras, debía resultar poco seguro como vecino...

—Leche tibia, Ted.

El «barman» fue el que ahora sin tener costumbre, apretó fuerte los dientes para decir:

—Es el tercer vaso que voy a servirle.

—Estás bien de cuentas, Ted. Son tres veces las que trato de tomarme algo. Y es leche tibia.

Ted Cochran asió la manilla de la máquina con furor. Iba a estar algún tiempo odiando la simple mención del lácteo producto... tibio.

* * *

En el despacho, entró Palermo colgando su abrigo azul oscuro, y su sombrero de negro fieltro.

—No va a ser para esta noche. No vendrá la chica. De parte de Gian, que vayáis a la una en punto al «Fieldspott». No está de buen humor. ¿Qué pasa, Sparry?

—Hay un fulano en la barra, que busca camorra.

Miró Palermo a Renzio. Éste definió:

—Un esqueleto peligroso. Habla como un vaquero tejano, y pide lechecita tibia. Estrelló el vaso contra el espejo, casi en la cara de Ted.

—¿No? —sonrió Palermo, entornados los párpados.

—Dos muchachos como vosotros, estabais allí, y sigue el vaquero en la barra... No puedo creerlo.

—Convendría que le echaras un vistazo, Dicky, Es un fulano especial. Lleva en cada bolsillo, hierro... Nos pusimos a su lado, y se le vio. Es de los que disparan, no le importa dónde. No me equivoco, Dicky. A mí no me impresiona un matón de pacotilla. Ése no lo es.

—No lo es —admitió Livio Sparacino—. Pero sin hierro, lo tumbaría con un dedo.

—Eso es lo malo de los bestias como tú, que sólo tienen músculo, Sparry. Pero tú eres menos bestia, Steve. Tienes casi un poco de cerebro. ¿Te dejaste echar de la barra por un vaquero?

—Es de los que disparan, y no convenía...

—Quedaos aquí. Iré a ver a ese temible gigante. ¿Qué pinta tiene?

—Inconfundible. Alto y flaco, puro hueso, cara curtida, y no

debe saber sonreír. Unos ojos tan transparentes, que se le podría ver la nuca. Habla calmoso, pero como si tuviera los labios pegados con cola... Si se ha metido aquí, es que busca a alguien y no será para abrazarlo.

CAPÍTULO VI

Vernon Fraser se enjugó la boca con el último sorbo de leche tibia. Con ruido.

Dejó un billete de a dólar sobre el platillo, y dijo:

—Guarda el cambio, Ted.

—Faltan tres dólares más.

—Díselo al cajero y explícaselo así de mi parte. Pedí...

—Sí, señor; de acuerdo, señor. Se lo diré así, señor.

—¿Ves tú cómo has comprendido que sólo se paga aquello que se bebe y es de la calidad pedida? Leche tibia, Ted.

Vernon Fraser dio la espalda. Tenía una zancada en consonancia con su estatura, pero aplomada.

Fue a sentarse en una esquina, junto al rellano de entrada. La mesita llevaba en su soporte el letrero:

«RESERVADA».

Tendió las piernas, y se reclinó contra la pared. No miraba la pista, sino la entrada. La vendedora acudió:

—¿Bombones, cigarrillos?

—Vuelve el domingo. Es mi día de cobro.

La vendedora iba a replicar, pero se contuvo. No le parecieron ojos de chistoso los claros grises inhumanos...

Se alejó, y una llama verde jade, restallante por su contenido de pelirroja golosa, que prefería los pasteles y las bebidas azucaradas a regímenes de línea, vino a ocupar una silla, en la mesita vecina.

—Buenas noches. Poca gente, ¿verdad?

Vernon Fraser apartó la vista del rellano. Era insensible a toda sirena nocturna, pero las prefería sin angulosidades.

Valía la pena aquella pelirroja. No se arañaba uno la vista al mirarla...

—Más vale pocos, pero buenos, Mary.

—Me llamo Tess. ¿Bailamos?

—Hoy me he puesto los zapatos nuevos y son estrechos. De todos modos, si quieres descansar, pide algo que no pase de mis medios.

Rió Tess Gafford. Ella prefería los flacos...

—Un amigo de Dicky Palermo, no tiene que pagar.

—¿Y en qué lo ves que soy amigo del tal Dicky Palermo?

—No es difícil, ni soy pitonisa. Esta mesa es la reservada para sus amigos. Desde que te miré, me llamó la atención tu cara. Hay algo de piel roja en tu perfil, y tienes unos ojos de susto. No de que estés asustado, sino muy al contrario. Te encuentro de noche en un pasillo oscuro, y oye... me desmayo. Me figuro sólo tus ojos reluciendo tan claros... Me entran cosquillas.

—Sabroso.

—¿El qué, grandullón?

—Te lo diré el viernes.

—¿Qué te ocurre los viernes?

—Es mi día de hacer cosquillas...

Tess Gafford se aproximó más. Aquel desconocido amigo de Dicky Palermo, era sumamente interesante.

—Tengo novio, pero... no viene a buscarme los viernes.

Se levantó ella presurosa. Un simple frotar del dedo medio contra el pulgar. Sin embargo, en pie, sonreía amistoso Dicky Palermo.

Pasó Tess Gafford a la otra mesita más opuesta del local. Vernon Fraser siguió mirando el rellano.

—¿Estorbo?

—Por ahora, no. Pero me gustaba más la pelirroja.

—No lo pongo en duda. Tess es simpática. Le sienta bien el verde jade. Se lo recomendé para contrastar su cabello rojo, y es natural. Tiene la ventaja de no ser pecosa, como la mayor parte de las pelirrojas. Me llamo Dicky Palermo.

Vernon Fraser miró ahora el soporte con el letrero.

—Me acaba de decir Tess que yo era amigo de usted, ya que ésta era la mesa reservada para sus amigos. Pero ya estaba sentado.

Tanto gusto. Me llamo Vernon Fraser.

—¿Del Sur?

—Nací tejano, crecí entre vacas, y a los veinte estaba matando reses en los *Stocks*. Me fatigó el trabajo. Tengo treinta y cinco años, y mucho apetito, pero no engordo porque tengo la solitaria. ¿Algo más?

—¿Me acepta el invite a leche tibia?

—Ya no me toca hasta cuando me pongo el pijama. Sus dos matones parecían muy asombrados de oírme pedir leche tibia.

—No están a mi servicio. Son amigos. Lo que les asombró es algo que usted transporta en los bolsillos.

—Les vi venir, y no es preciso fijarse mucho para darse cuenta que son de los que presumen de fuertes.

—En efecto. Presumen de serlo. Ha escogido un buen sitio. No estorba la música. Por lo que sea, puede que congeniemos. Si algo se tercia, avíseme.

—Puede que se tercie. Estoy esperando a uno que ha de venir aquí. A lo mejor le conoce usted.

—¿Viene con frecuencia?

—No. Pero ha de venir. Se llama Rocky Butler.

—¿Rocky Butler? Me suena...

—Claro, puesto que se lo acabo de hacer sonar.

El amigo de Walter Barclay. El maleante chanchullero de los trenes de ganaderos... ¿Cómo podía haber sabido Butler que Katleen Murray, la novia de Barclay, estaba en el «Cavern Rock»?

—No es meterme en sus cosas, Fraser, pero según con qué intención espere a Butler...

—Dependerá de cómo lo tome. Hicimos algún negocio hace un par de años. Y hace poco lo encontré por el Mercado. No ultimamos, pero quedó en el aire el asunto.

—Que yo sepa, aquí no viene ningún Rocky Butler. De todos modos preguntaré. Y si le ve asomar, ¿puedo insinuarle que se comporte amistosamente conmigo? Mi local es pequeño.

—No espero a Butler para estropear muebles. Es seguro que nos pondremos de acuerdo.

—De todos modos, preguntaré a los del bar. Aquí no concurre ningún Rocky Butler. ¿Está seguro que ha de venir aquí?

—Cuando le vi unos instantes en el Mercado, iba con unas

chicas. Me dijo que me asomase por aquí, esta noche. Si no venía lo haría sin falta, mañana por la noche. No me dio su dirección ni se la pedí. Suele andar rodando.

—Bien, pues hasta ahora. Paga la casa.

—No hay de qué dar las gracias. No bebo. De todos modos, gracias.

En la barra, Palermo dedicó un chasquido de dedos a Ted Cochran. Acudió presuroso el barman.

—Envía aviso a mi despacho. Cuando yo entre con el fulano de la leche tibia, han de quitarle la artillería. Que le den, pero lo justo, para que pueda yo hablarle a modo.

Tess Gafford volvió a reanudar su aproximación. Había fingido no ver las ojeadas invitadoras de dos vetustos elegantes.

—Creo que me va a gustar que vengas mañana a buscarme, grandullón. Tengo la tarde enterita para divertirme.

—Hay títeres en el parque.

—Quise decir que si me invitabas, no te diría que no.

—Tengo esposa e hijos. Soy un hombre serio.

Rió ella. Aquel flaco impasible era chistoso. Tenía chispa. Un poco estremecedora, pero no aburrida. No, no se aburriría ninguna muchacha amante de emociones con...

—Y a todo eso, no sé cómo te llamas.

—Vernon Fraser, pero hay quien me llama «skelet».

—Prefiero llamarte Vernon. Tengo sed.

—Pide sin reparar en gastos. Paga la casa.

—Iré al bar. Prepara Ted un batido especial, pero quiero ver si echa la debida mezcla. No tardo ni un minuto.

—Eso es. Ni un minuto.

En la barra, apartó Tess Gafford a uno que pretendía comprobar lo que venía anunciando, mientras se acercaba ella:

—Tiene que quemar este cabello, tiene que quemar...

—Ted, mi especial de nata y jugo de fresas —pidió ella.

Se dispuso propinar un disimulado punterazo al que estaba tocando su desnudo hombro. Plantó el tacón con fuerza en el entarimado.

Dicky Palermo, de espaldas a la pista, podía ver por el espejo que Vernon Fraser no miraba hacia el bar...

—Uno de diez, si me traes al fulano al despacho, Tess. Te dirá

que espera a uno. Dile que le llevas a un reservado desde donde puede él ver sin ser visto. ¿Está claro?

—Sí, Dicky. Puedo hacerlo. Yo creí que era amigo tuyo...

—Lo que tú creas me tiene muy sin cuidado. Trabaja bien y te ganas uno de diez.

Se alejó Palermo.

Tess Gafford contempló con ojos de gula, las irisaciones que iba tomando en el alto vaso, la nata azucarada, donde el jugo de fresas iba destilándose.

—No remuevas, Ted. Me gusta que se funda sin remover.

Llevando el vaso, volvió ella a la mesa. Sorbió por una de las pajitas, clavados sus ojos en el flemático, «que no era amigo de Dicky Palermo».

Al despacho, donde estarían las dos bestias amaestradas por Gian Ludovici, pero aquella noche al servicio del segundo de Gian Ludovici: el cobarde Palermo, que se ensañaba con mujeres como la pobrecilla despistada de Katia...

La pobrecilla que una vez algo bebida, lloró en su cuarto de aseo, y por lo que balbució, ella supo...

—He visto gatas comer sardina. Parecían menos contentas que tú, llamita.

—Está rico esto. Y alimenta. Dicen que estoy gruesa, pero no me importa. ¿Te importa a ti?

—Tú comprenderás que si me abrazo a una con línea, nos castañetearían los huesos. Tal como estás, eres de las que congestionan el tráfico.

—Hay unos pelmas allí que no me quitan la vista de encima. Fíjate, hay otras, ¿no? La misma pobrecilla Katia, es más fina que yo, más señorita...

—¿Pobrecilla?

—Oye, Vernon. Estaremos mejor en otra salita, para charlar.

—Para charlar basta lengua y orejas. Además, espero a alguien.

—Da lo mismo. Desde... allí, verás sin ser visto. Por aquel pasillo, se sube a unos palcos con enrejado.

—¿Sí?

Los ojos al posarse en el rostro de la pelirroja Tess, parecían taladrar. Sería habitual en ellos, como lo era el modo de hablar entre dientes...

Pero Tess Gafford tenía momentos de mucha lástima de sí misma. Y más si le gustaba un hombre.

—Mira, mejor que no vayamos, Vernon.

—Mejor. Acaba tu yeso con tomate.

—Es nata con fresas. Esta pajita está limpia. Prueba, y verás qué rico... ¿No quieres? Tú te lo pierdes.

—Y tú te lo ganas. El seguir siendo mejor de lo que te deja ser tu vida. No me digas que es la desgracia la que te tiene aquí, porque te llamaría gandula. Pero por mal o bien, he conocido a bastantes mocitas de tu profesión. No eres de las peores. Te digo todo esto, a cuento de que cuando Dicky Palermo oyó que yo esperaba a un tal Rocky Butler, le mudó la expresión. Es falso como un caimán. Cuando resbaló hasta arrimarse a tu lado, ¿te sopló que me llevaras al pasillo?

—Yo, yo... fui por el batido, y... palabra que no...

—Estoy en ello. No eres gancho por impulso, sino por méritos a la vista. Por eso te dije que era mejor... Figúrate, si pico y me atrapan de sorpresa. Después, si salgo, te hubiera reñido suavemente... Y eso que me asquean los hombres que pagan a una mujer.

—Dicky se pone furioso si le falla lo que quiere. Por suerte, no le gusto yo. Vaya compromiso... Bueno, le diré que ni hablar. Que tú no quisiste moverte de aquí, porque va a venir...

—No va a venir nadie. Es un cuento. Y ha picado Dicky. Vamos allá.

—¿Allá, dónde?

—A esos palcos con rejilla.

—No, Vernon. Déjame contarte. Dick me ofreció diez dólares. Te lo cuento, porque... Mira, cosas que pasan. Me resultas raro, no sé cómo explicártelo. No soy ninguna golfa, pero me pareció, al verte, que una chica puede confiar en ti.

—Y diste en el clavo.

Sonrió por primera vez Vernon Fraser. Un extraño fulgor de simpatía, y ella, mentalmente, pensó que era como si en cielo tormentoso apareciese un instante un haz de luz solar...

—Si Dicky se enterase, me matarían... Quiere que te lleve a su despacho. No lo he hecho nunca, pero sé lo que pasa. Entra el desgraciado, y le saltan por atrás Renzio y Sparry. El desgraciado

sólo ve con las piernas sobre la mesa, al sonriente cobarde de Dicky...

—Vas a ganarte los diez, porque me llevas al cepo, Tess.

—Pero ¿vas a ir?

—Hay que hacerte quedar bien, ¿no?

—No vayas. Son muy bestias Renzio y Sparry.

—Acaba tu batido. Resultas apetitosa cuando te dedicas a alimentarte. Y te contaré una historieta: Una vez en los Mataderos, hace unos años, y tenía yo menos que ahora, había también un par de bestias que me esperaban. Uno de ellos, está pidiendo limosna metido en una caja de ruedas, y al otro, lo metieron en una caja a medida, echaron tierra encima y todos a rezar. Como tocaba. Eran muy bestias, y empleaban nervios de buey, para empezar la faena. No se estropeaban los nudillos. Se aprenden muchas cosas, desde los pastos de Texas hasta los establos de Chicago. Te queda aún la fresa del fondo.

—Está pegajosa, y no la alcanzo. Mejor que no vayas, «Texas».

—Contigo a donde sea, llamita. Mañana iré a buscarte, si sé dónde.

—A las cuatro te esperaré... donde no pueda vernos gente que se lo cuente a Dicky. Por ejemplo, en el bar de la estación Catorce, Del «Loop». Está en las afueras, cerquita de un merendero gracioso, donde alquilan barquitas para remar. Esto... si de veras quieres ir, haz como si estuviéramos acaramelados, ¿comprendes?

—Ya mismo.

Quedó ella empuñecida, al reposar sobre su hombro el largo brazo. Huesudo, pero debía tener plomo derretido en los huesos aquel larguirucho de Texas.

Cosquilleó ella con sus cabellos la barbilla al ladear un poco la cabeza, mientras caminaban y susurró:

—Suerte, Tex.

—Me la das, Tess.

—¡Qué bien! Tess y Tex... Así te llamo como ninguna... Oye, Tex, no vayas...

Tocaba ella ya la cortina. Impulsivamente se empinó sobre las puntas de los pies. Era alta, pero tuvo que hacerlo para poder besar.

Besó con fervor, porque... podía ser el único beso.

Apartada la cortina, ella avanzó unos pasos, y su diestra apretó

significativamente la zurda enjuta y seca, como un sarmiento. Comprendería que era necesario...

—Aquella puerta lleva a los palcos, cariño. Yo me arreglaré un poco, cariño. Voy enseguida.

La oían perfectamente los tres que aguardaban.

Al pasar por su lado, Vernon Fraser guiñó. Una mueca casi traviesa...

Pero Tess Gafford tuvo la certidumbre de que no era ningún colegial travieso el que se aproximaba hacia la puerta abierta.

Retrocedió ella.

No debía quedarse, pero se quedó. Su imaginación volaba, mientras iba acercándose Vernon Fraser, «Tex», hacia el cepo.

Imaginaba la puerta contra la pared, y adosado a ella el bestia de Livio Sparry. Al otro lado, también adherido como una lapa venenosa, el bruto de Steve Renzio.

Y en la mesa, con las piernas en indolente postura, Dicky Palermo, el cobarde que pegaba a la pobrecilla ex manicura. Un drama el de Katia, pero... sin solución.

Tess Gafford, medio alzada la cortina a un lado, esperó conteniendo la respiración.

La larga silueta iba ya a entrar en el despacho...

Tess Gafford supo que iba a chillar, porque sus nervios estaban ya tensos.

Prefirió que la cortina barriese pesadamente el umbral del pasillo. Una cortina muy gruesa, con plomitos en el fleco.

Aislaba, complementando los veinte metros de distancia que separaban el despacho del bar.

Un ambiente de orgía barata, si no para los bolsillos, sí por los torpes intentos de aquellos botarates. Se aproximó a la barra, y pidió con voz apagada:

—Un coñac fuerte, Ted. Paga la casa.

CAPÍTULO VII

A cada lado de la puerta abierta, en plena zona de oscuridad, Renzio y Sparry, sentados, aguardaban.

Iluminado por la luz de la pantalla, Dicky Palermo adoptaba su favorita postura, con una variante, en honor al visitante cuyas efectivas cualidades en momentos decisivos eran desconocidas.

Dicky Palermo tenía las piernas sobre la mesa, y se reclinaba atrás en su silla indolentemente. Pero en su regazo, confundiéndose con el negro traje, yacía la automática.

Estaba así cerca de sus manos, por si fallaba lo infalible hasta entonces.

Un hombre que entraba allí, tardaba en ver a los dos que a oscuras aguardaban.

Los ojos aviesos del rubio pistolero lugarteniente de Gian Ludovici, marcaron con pestañeo, la señal de preparación.

Se alzaron Renzio y Sparry, acercándose más a cada lado del abierto umbral.

Se oía, apagada, la nerviosa risa de Tess Gafford, pero alzaba la voz mucho:

«Aquella puerta lleva a los palcos, cariño. Yo me arreglaré un poco, cariño. Voy enseguida».

Los pasos que iban aproximándose. Una distancia larga, que con el auxilio de la pesada cortina, hacía que algún disparo sonara como tapón de champaña, si llegaba a oídos de los del bar, pese a la música.

Los camareros tenían orden de nunca ir al pasillo, salvo ser requeridos. Y también aludían al champaña que bebía Palermo, cuando el taponazo repercutía repetidamente. Y guiñaban, dando a entender que Palermo adoraba las juergas en privado.

Renzio se aplastó contra la madera, y a metro y medio, Livio Sparacino abrió y cerró en ejercicio preparatorio la diestra.

Era preciso coger los codos desde atrás, para impedir que las manos del tejano llegaran a los bolsillos. Bastaba a la vez golpear...

Un ejercicio reiteradamente controlado. Renzio golpeaba en la mandíbula derecha del que entraba, y Sparry asestaba su izquierdazo en la nuca.

Después bastaba empujar hacia un sillón al guñapo humano. Vernon Fraser distaba dos pasos del umbral, cuando había hecho ya su «composición de lugar».

Daba mayor importancia a Dicky Palermo que, sentado y lejano, dispararía fácilmente, viéndole debatirse. No debía, pues, debatirse.

Y aquel extintor de incendios era reglamentario, pero también representaba una tentación irresistible con su asa lateral, y su forma picuda. Hermoso color rojo, sanguíneo...

Lo alzó alargando el brazo, y siguiendo su camino...

Dicky Palermo sonreía con sarcasmo cuando apareció eh el recuadro la larguirucha silueta del que poco antes de asomar dijo para dar a entender que no recelaba nada:

—Tengo que estudiar este trasto, Tess.

Y el «trasto» se desmontó, cuando al dar dos pasos, surgieron veloces dos sombras corpulentas.

Asido por el asa, el extintor describió un molinete destinado a ser completo círculo, pero se truncó en medio arco, al topar estruendosamente contra una cabeza, y siguió en salto para chocar contra un rostro con menor impulso, favoreciendo así en cierto modo a Steve Renzio...

Cayó al suelo el extintor. Tres segundos.

Un codo puntiagudo se hincó en su estómago. Cuatro segundos. Inmediatamente un patadón lateral y traidor, que en un *ring* de lucha libre hubiera equivalido a una descalificación fulminante.

Al quinto segundo, Dicky Palermo, que hasta entonces no había asimilado que era uno el que pegaba y dos los que recibían, y no al contrario, demostró que era felino.

Se distendió para apartarse de la zona de luz, y en pie, encañonó...

Vernon Fraser no dejaba al lado ni a la espalda ningún posible peligro.

Sólo había empleado el brazo izquierdo y la pierna derecha. Sus reflejos eran siempre veloces, porque amaba mucho la vida, y le embriagaba exponerla.

Fue prudencia elemental la que le hizo arrodillarse, y fue innata cualidad agresiva la que le hizo disparar su tiro especial.

Un balazo que si fallaba el difícil blanco, producía de tres posibles consecuencias, una.

De no dar en la culata y dedos que la asían, daba en carne del bíceps. Ventaja para Vernon Fraser.

Si daba en la culata y dedos, éstos se abrían rápidamente. Ventaja para Vernon Fraser.

Si daba sólo en la culata, bajo los dedos, rebotaba la bala, y subía por fuerza el cañón de la pistola. Pero había que repetir...

El balazo dio de lleno en la culata, en su porción que asomaba, y quemó la piel del dedo meñique de Dicky Palermo. Le hizo taladrar el techo.

Y saltar a un lado, dispuesto a enmendar la puntería. Pero también había pasado de arrodillado, a torbellino embestidor, su sorprendente visitante.

Un culatazo en plena mano derecha, hizo que Palermo lanzara un gemido agudo... Era un modo particular de dar culatazos...

La experiencia había demostrado a Vernon Fraser que asir por el cañón daba mayor contundencia al culatazo, pero él era metódicamente vulgar en esto.

Asida por la culata, la pistola valía doble, ya que no dejaba de ser hierro, y a la vez permitía disparar en caso necesario y simultáneo.

El segundo gemido de Dicky Palermo fue mucho más discreto. Porque el segundo puñetazo de arriba abajo, le dio de lleno en el hombro derecho.

Le flaquearon las rodillas, y Vernon Fraser lo levantó un poco, con un codazo lateral, recogiénole por el otro costado, con súbito levantamiento de su rodilla huesuda, práctica en tal menester.

Dicky Palermo cayó de lado sobre su mesa despacho. Tendió ávido, medio inconsciente, la mano izquierda que no le dolía, hacia la pistola que había saltado de su mano para caer invitadora sobre la mesa.

La tocó.

El dolor fue excesivo, en su desengaño mental. Dicky Palermo quedó de bruces sobre su mesa.

La mano izquierda sangrante, machucada por el tercer culatazo de arriba abajo.

Vernon Fraser sopló, como un consciente y bien organizado trabajador, que en breve concentración, ha conseguido llevar a cabo una labor decente.

En su camino hacia la puerta abierta, dijo:

—Todavía no, tú.

La observación iba dirigida a Steve Renzio, que se rebullía a gatas, habiendo ya logrado recuperar una parte infinitesimal de su raciocinio corriente.

A la observación, añadió Fraser un puntapié. Lo llevaba en la sangre. No lo podía remediar. Le gustaba el «rugby» contra Una pelota humana, si esta pelota humana intentaba antes convertirle a él en pelele inerme.

Steve Renzio volvió a sumirse en las profundidades de la desagradable modorra inactiva.

Vernon Fraser asomó la cara. En el pasillo, la justa luz no despilfarrada. La cortina bien entornada. Todo en orden.

Era de esperar, pensó mientras cerraba desde dentro la puerta, que Palermo tuviera bien aleccionado a su personal.

Encendió la luz central, y primero limpió la culata en la pechera de camisa de Steve Renzio.

Pesaba un rato un hombre inerte. Lo trasladó a ras de suelo, obligándole a describir un arco, asiéndolo por los tobillos.

Lo dejó junto a Livio Sparacino que, tendido con el perfil intacto contra la alfombra, tenía enorme dimensión, con los brazos en aspa, manos adelantadas, deseando coger algo... que no se había dejado coger.

Encontró Fraser el deseado punto de conexión entre las dos espaldas, rezongando entre dientes, con su habitual modo de hablar:

—Me gustaría saber qué daño os he hecho para que desearais tratarme tan deslealmente. Y pesáis como burros muertos.

Los cabellos de Sparacino estaban untuosos, pero eran espesos y sólidos. Logró mantenerlo sentado. Le costó más sudores que permanecieran los dos, espalda contra espalda, mientras les unía los

codos con el cinto de Renzio. Un cinto negro, de goma.

El codo derecho de Renzio, trabó contacto con el izquierdo del que se reclinaba contra él. El cinto de Sparry era de cuero trenzado.

Se aplicó Fraser en los remates. Unos siete años antes había permanecido unas semanas en la clínica, debido a que confió en unos nudos.

Tenía mala memoria para los desperfectos que causaba en las anatomías ajenas, pero muy buena para los suyos propios.

Nada mejor que un objeto resistente a modo de torniquete, hincándolo entre carne y atadizo, para asegurar nudos. Lo era el cañón de las respectivas pistolas de los dos insensibles italianos.

—Todavía no, Dicky.

Dicky Palermo sólo había empezado a volver en sí, removiendo primero la cabeza.

Pero sobre la mesa, coquetonamente encerrado en su estuche redondo de celuloide, había un ovillo de bramante muy fino, muy recio.

Podía servir para empaquetar. Había servido para atar a visitantes, que debían ser trasladados «de parte de Gian Ludovici».

Por el redondo estuche asomaba un extremo del rolo bramante. Un cuarto de ovillo pasó a rodear los dos antebrazos a plano sobre los brazales del sillón.

Las dos manos coleaban. Una, la derecha, sólo mostraba un chamuscamiento en el meñique y canto de la palma. Poco aparatoso.

La izquierda era más desagradable de ver para su propietario...

Complacido, Vernon Fraser eligió su sitio.

Una silla, sólida pero ligera, a un metro de la pared lateral. Veía así perfectamente, en primer plano, la mesa despacho, y después en panorámica, a los dos que sentados, dudaban de estarlo, porque al removerse Livio Sparacino, hizo que también Steve Renzio cayera a un lado.

Vernon Fraser, tomando por punto de apoyo las punteras de sus zapatos, se balanceó rítmicamente. Cuando el respaldo tocaba la pared, de nuevo hacia delante hasta que la silla recobrara su apoyo de cuatro patas.

Un ejercicio gimnástico, excelente para los tendones. Mientras, estiraba uno a uno sus largos dedos.

El crujido de las falangetas, era como el «tic-tac» de un péndulo, con el que tenía por costumbre, esperar.

Le fallaban algunos, y no insistía.

Entre dientes, con modulación de garganta, tarareó una de sus predilectas canciones. Le recordaba los tiempos tranquilos, cuando con una brizna de hierba por palillo, sentado en una empalizada, veía pastar el ganado...

«Las doradas espuelas colgadas, el lazo engrasado, no hay mejores prendas, no las hay, no las hay...».

Dicky Palermo pareció negarlo. Al menos, su cabeza iba de un lado a otro... Y tuvo que sacudirla hacia atrás, para que el lacio cabello rubio no le estorbara la visión.

Por unos instantes, hubo en todo su rostro la vesánica furia que debe alentar en el gato montés que se cerciora de que está enjaulado.

Cesó Fraser de balancearse, y tararear sin palabras, la musiquilla tejana.

—No pongas más extintores, Dicky Palermo. Ya ves lo que hubiera pasado, si no se me ocurre cogerlo para ver qué tenía dentro. Tus dos matones, son pesados. Hacen ruido, y yo soy muy nervioso...

Dicky Palermo se mordió los labios hasta sangrar. Sufría físicamente, pero era, sobre todo, el empacho de rencor hacia aquel calmoso individuo, lo que le sacaba de quicio.

—Me gustaría saber qué mal te hice, Dicky, para que quisieras tratarme tan descortésmente. Me envías a una moza a conquistarme para que aquí dentro, en vez de juerga, me encuentre yo con estos dos a oscuras. Era más duro el metal que las caras. El de la cara boba, tiene fractura de nariz. Por eso sangra tanto, pero podrá vivir. El otro, sangra menos, pero está peor. Tampoco morirá. ¿Y tú, qué, Dicky?

Dicky Palermo hizo un esfuerzo. Si no se dominaba iba a estallar en histeria febrilmente inútil...

Miró al que se acercaba, para sentarse a un lado de la mesa. Se dedicaba a un juego fanfarrón. Hacía rodar con los índices dos pistolas. De pronto las paraba, y se quedaban fijas, como incrustadas en las palmas, pero el cañón mirando al que sentado,

nunca había experimentado tanto odio hacia nadie.

Y volvían a girar, demostrando ser otro de los ejercicios predilectos de Vernon Fraser...

—Vamos a charlar un rato, Palermo. He sacado conclusiones. Te interesaba mucho saber a quién esperaba yo.

—Todo... nuevo, quiero saber...

—Ya. Norma de la casa. Y a todo nuevo, le envías una gata falsa para aquí dentro, lanzarle dos mozallones idiotas por la espalda, a oscuras.

Las dos pistolas quedaron con el cañón en alto, pero las culatas muy cerca del rostro de Dicky Palermo.

Los claros ojos inhumanos, parecían no tener interés por nada en absoluto.

—Tu cara está intacta, Palermo. Conozco un juego muy bestia. Consiste en saber si tienen razón los que aseguran que la dentadura tiene treinta y dos piezas. No importa que aprietes los labios. Da lo mismo. El golpe no es parado por la piel. Y vamos contando los dientes que saltan... Los hay que habían cuando sólo han perdido dos o tres. Los que más duelen son los dientes de delante. Y se ponen a hablar tartajosamente. Un asco.

Dicky Palermo estaba convencidísimo. No era fanfarronada... Aquel bestia, cumpliría las reglas del «juego».

Trato de no mirarle, al preguntar:

—¿Qué quieres saber?

—No nos conocernos de nada. Entonces, ¿a qué todo esto?

—Me creí que te mandaban para actuar cuando vinieran los restantes.

—¿Qué restantes?

—De tu «gang».

—Yo no tengo más «gang» que lo que llevo puesto. Escucha, Palermo: cuando me pongo a sospechar que me mienten, oye... pierdo los buenos sentimientos. Me pongo duro. Y me estás mintiendo.

Tuvo que sacudir de nuevo la cabeza Dicky Palermo. No quería desmayarse a causa del dolor en el hombro y mano...

Ni por su íntimo furor homicida, que le hacía sólo pensar que debía vivir, vivir aunque fuera el resto de la noche, para matar lentamente, con larga preparación, a aquel inmundito verdugo...

—Hablaste de Rocky Butler —dijo apresuradamente.

Por fin.

Las dos culatas ya no estaban a milímetros de su boca. Volvían a girar, y se retiraba un poco el busto y la cara enjuta...

Dos claridades espectrales en máscara curtida...

—Eso es. Hablé de Rocky Butler. ¿Y...?

—Rocky Butler, si ha de venir aquí a meter las narices, no será para nada bueno.

—Ya... Le preguntaré a Rocky qué ideas tenía para venir aquí. Puede que las sepas...

—¡No! ¡Té, lo juro que no! Puedes preguntar a esos...

—No están para preguntas. Creo que Rocky sabrá decirme a qué venía aquí, y qué cuenta tiene contigo. Voy a irme, Dicky. No pongas más extintores en este pasillo. Si Rocky no me ve en tu sala, sabrá dónde verme. Mañana por la mañana, él sabe a dónde voy, Tú no.

—Escucha...

—Escucho. Soy todo orejas.

—Esto... puede olvidarse. Fue una equivocación mía. Podría convenirte trabajar para mi jefe.

—¿Tienes un jefe? Sí que va listo con vosotros... Vamos, vamos, Dicky... ¿Te parezco pardillo de primer vuelo? Debe ser importante lo que tiene pendiente contigo Rocky Butler. Ya me lo dirá. Adiós, Palermo. Besos a tus nenes cuando les reparen el físico. Aparatoso, pero leve. Tampoco es grave lo de tu mano. Una marca heroica. Presumirás con ella, recordándome.

Vernon Fraser estaba ya abriendo la puerta, y en el suelo se obstaculizaban los movimientos los dos atados por los codos.

Cerró desde fuera. Atravesar el pasillo hacia el local, significaría tal vez, causar extrañeza en el personal, que no acudiría mientras no le viera a él.

No debían verle. Aquel patio, era mejor salida. Una tapia... la casa por un lado cerraba el callejón. Le vería el portero...

Aquella puertecilla era preferible; daba a uno de los pequeños canales. Se alejó por el estrecho empedrado de la ribera.

Había puesto ya la mecha. Podía irse a dormir... La supuesta amistad con Rocky Butler, que era realmente un antiguo amigo del que antes de emerger muerto, había sido acusado de matar a un

cajero, suscitaría mucha curiosidad en el jefe de Dicky Palermo.

CAPÍTULO VIII

A la una en el «Fieldspott», había ordenado Gian Ludovici. No le gustaba ser desobedecido a Gian Ludovici.

Y a la una y cinco minutos, Gian Ludovici abandonaba el lugar donde debían haber llegado Steve Renzio y Livio Sparacino.

Bien acompañado, porque le gustaban las mujeres bonitas... y asustadas.

Años antes las atraía por su física arrogancia, y su rostro perfecto, perfil de camafeo.

Después y no en la guerra del 14 como se jactaba, perdió su hermosura facial.

Gian Ludovici había estado en la guerra del 14. Era un veterano de la Gran Guerra... y también de presidio.

Cinco años en San Lorenzo del Maroni. Otros cinco, como liberto en la tórrida Guayana Francesa.

Todo un veterano.

Las dos mujeres abandonaron su coche blindado, para alejarse hacia su domicilio. El chófer continuó hacia los Siete Puentes.

Atrás, Gian Ludovici, impecable en su *smoking*, erguido, tenía apostura. Una madurez sólida, de buenos músculos.

La metralla de una granada que estalló lo suficientemente lejos para no matarlo, como era la intención del que la arrojó, le había valido el apodo de «Medio Rostro». Un rostro extraño. La mitad izquierda, parecía sonriente. Y era bien modelada. Labios sensuales, Ceja negra, cabello rizado, y pupila aterciopelada...

El perfil derecho lloraba.

Labios contraídos en rictus dolorido hacia abajo, ceja y párpados convertidos en pequeño amasijo, que encubría la cuenca orbital vacía.

De cerca se comprendía aquel fenómeno. Muchas, pero pequeñísimas cicatrices picando como viruela la parte derecha del rostro.

Había sido instintivo, al estallar la granada. Había girado la cara, y los trozos de metralla se incrustaron en el lado derecho.

Unos pedazos mayores, le habían dejado tuerto, quemando parte de la frente, del cuero cabelludo... Por eso llevaba siempre sombrero bien calado.

Salvo para dormir, Gian Ludovici no se quitaba el Sombrero nunca. Ni se lo exigían...

—Espera aquí.

El chófer se dedicó a virar, con repetidas maniobras, en el callejón. Y cuando ya el blindado quedó de frente hacia libre salida, empezó a leer. No quería dormirse.

Había muerto en accidente uno de los chóferes de Gian Ludovici, pero otro murió ante el volante que tomó por almohada, mientras esperaba.

En el local reinaba ya un principio de cansancio, pero había mayor concurrencia. A surtirse de alcohol.

Gian Ludovici fue rectamente al pasillo. Tenía su llavero, y cogió una de las llaves para abrir la puerta donde decía:

«*DICKY PALERMO*».

No le hizo falta la llave. Bastó girar el pomo.

Y se quedó un poco asombrado, él que no se sorprendía fácilmente.

En intentos para alcanzar la puerta, había vuelto a desmayarse Dicky Palermo, y permanecía de costado, atado a los brazaes de un sillón.

También había tratado de asir con la boca, una pistola. La que sujetaba en torniquete el cinturón de goma...

Ahora, miraba al igual que los otros dos. En forma distinta, porque Steve Renzio empezaba a volver en Sí. Livio Sparacino, sudoroso, rostro enrojecido de sangre desde las cejas hasta la camisa, parpadeó repetidamente...

Dicky Palermo prefirió callarse.

Gian Ludovici rió... Crispando el perfil intacto... Seguía llorosa y apenas la otra mitad del semblante.

Una voz armoniosa. Le gustaba mucho «il bel canto», y había cantado en muchas ocasiones, antes de quedar desfigurado.

Y reía ahora en carcajadas de sincero regocijo. No se contagiaba a los otros tres, su exuberante risa...

En atlético esfuerzo, consiguió, por fin, Livio Sparacino, levantarse con el fardo de Steve Renzio a la espalda, y permaneció en pie.

Gian Ludovici, recostado contra la puerta, dejó ya de apuntar en torno. Había sido la primera reacción conjunta con la de asombro.

Sacar de su bolsillo interior de solapa, la «Luger», y dirigirla a todos los rincones, a todos los muebles...

No había nadie más. O sea, que no habían matado, sino humillado a sus tres pistoleros.

Seguía riéndole la mitad del rostro, cuando pareció arrancar un trozo de tela de la americana de Steve Renzio. Y siguió a tirones, hasta soltar dos codos distintos...

Dejaba el resto al propio Livio Sparacino.

Gian Ludovici tenía una debilidad por Dicky Palermo. Decían los bien enterados, que era porque lo consideraba un fiel ejecutor, sumiso y con inteligencia.

Se inclinó y en exhibición de fuerza, puso en normal postura el sillón. Miró las dos manos...

Sacando el estuche llavero, abrió el alicates de uñas. Le gustaba llevar las uñas siempre arregladas.

Fue cortando los bramantes...

Y antes de erguirse propinó un bofetón casi amistoso, porque dijo:

—Parece mentira, Dicky.

Dicky Palermo abrió la boca y la cerró repetidamente. Hizo jugar las mandíbulas...

Suelto ya, cayó Steve Renzio... Livio Sparacino retrocedió, hasta apoyar las abiertas manos en la pared que le impedía seguir retrocediendo.

Casi tocándole, dijo Ludovici:

—Estás demasiado sucio, Livio. Llévate a ése y cuando estéis presentables, nos volveremos a ver. ¡Fuera, más aprisa...!

Livio Sparacino arrastró por los sobacos a Steve Renzio. Lo pondría presentable en el patio, porque ambos debían ir al médico

particular al servicio de Gian Ludovici.

Dicky Palermo fue a un estante, y desparramó primero el alcohol sobre su mano izquierda. Bebió un sorbo al gollete. Se frotó la frente y sienes con la mano derecha haciendo cuenco. El coñac le iba devolviendo ánimos...

—Ya puedes hablar, Dicky. ¿Quiénes fueron?

—Yo llamaría primero a la pelirroja Tess, jefe.

—Tú vas a hablar y deprisa, condenado estúpido... ¿Quiénes fueron?

—Vernon Fraser.

—¿Quién es ése? ¿Con quién iba?

—Nunca había venido aquí. Iba... solo.

Volvió Palermo a beber y, de pronto, tiró la botella con fuerza frente a él. Se cubrió la cara con la mano derecha, separados los dedos. Casi gemía:

—Lo que pueda quedarme de vida..., pero matarle yo, tenerle yo atado, tenerle yo... ¡He de cogerle yo...!

Gian Ludovici había visto a su lugarteniente con arranques de furia. Pero le duraban poco. Prefería ser sádicamente burlón. Ahora le veía descompuesto, a punto de crisis histérica.

Adelantó una mano, tocando el hombro contuso. Se encogió Palermo, chispeantes los ojos, revulso el labio superior, como un perro rabioso que va a morder...

—No me toques, Gian; no me toques... No podría soportarlo.

Gian Ludovici comprendió que era el momento de perder a un eficaz asesino, si pretendía afirmar su mando. Dijo, dando paso atrás:

—Bebe otro trago, sin romper el frasco. Es tu segundo fallo, Dicky. El primero, cuando dejaste escapar al que te vio dispararle al de la galería de cuadros. Lo arreglé poniendo en acción mi influencia, y fue rápido porque estaban allá Sparry y Renzio. Me costó los dos mil dólares del abogado, y un chiquillo de rehén. Ha servido Katia para atraer a Barclay, pero ahora, cuando lea que Barclay ha muerto, ¿qué hará Katia? Y todo por una torpeza tuya. Te di el asunto fácil. Te bastaba liquidar al cajero pagador, y a quien estuviera a la vista. Y ahora... te encuentro así... ¿Pierdes facultades, Dicky? ¿Tendré que dar el mando de este local a otro mejor?

Dicky Palermo fue a sentarse. Habló concisamente, tratando de ser matemático:

—A las diez entra Vernon Fraser, y provoca a Renzio y Sparry. Llevaba dos pistolas. Se sienta a mi mesa, sin hacer caso del letrado. Voy, y me dice al cabo de rodeos, que espera a Rocky Butler.

—El que acusaron de haberse llevado el dinero. ¿Ves? Ahora Rocky Butler está buscando tajada, y envía a uno que vale.

—Yo envié a Tess Gafford, que estaba con Fraser, antes que fuera yo a tantearlo. Debía traerlo aquí, diciéndole que eran reservados. Y la oí... Le decía que iba a arreglarse, y le llamaba «cariño». Pero Fraser entró con aquello y lo rompió en las cabezas de Steve y Livio. Me disparó... Escucha, jefe: yo no quiero exagerar las cosas. Este Fraser ha de caer o dará guerra.

—La pelirroja se guardarla mucho de jugarte a ti una mala faena. Di que Fraser iba ya escamado. Bien, os pudo, os convirtió en salchichones, y ¿qué más hizo? ¡Irás después a arreglarte la mano! ¡Habla!

—Dijo que preguntaría a Rocky Butler por qué el haberlo mencionado me puso con ganas de atraparle a él. No sé dónde está Rocky Butler, y no sé dónde está Vernon Fraser.

—Vete a que te entablillen los huesos, y con los otros dos, a esperarme en mi casa. ¡Vete ya, muchacho listo!

Dicky Palermo abandonó el despacho, Gian Ludovici fue a apartar el cortinaje, y a su muda señal, acudió un camarero.

—Dile a la pelirroja Tess que venga al despacho de Dicky.

—¡Al instante, señor Ludovici!

Tess Gafford trataba de reír, como si las gracias del obeso provinciano de Idaho, le resultaran irresistibles.

Y no pudo ya reír, cuando el camarero inclinándose le dijo:

—Al instante al despacho de Dicky.

—Vuelvo enseguida, gordito. No me seas infiel.

Una frase que sólo cambiaba en el calificativo. El que no era «gordito» se convertía en «precioso», salvo extrema fealdad que le obligaba a emplear el tercero «simpático».

Los veinte metros hasta la puerta, le parecieron tener apenas centímetros.

—Hola, Tess.

—Buen... nas noches, Gian.

—Sí, es sangre, y esto otro es un extintor que no se halla en su sitio. Dime, criatura, ¿por qué le dijiste a Vernon Fraser que Dicky le tenía preparado un recibimiento aquí?

El pánico, un miedo cervical, hizo que Tess Gafford tuviera que recurrir a gritos. Y pareció sincerísima en sus protestas de fidelidad a Dicky, y de acusación al condenado embustero de «esqueleto»...

—¡Basta!

Enmudeció ella. Gian Ludovici añadió:

—Ya supuse que era imposible que te expusieras a un mal fin, Tess. Oye, ¿qué tal estás de dinero?

—Floja, muy floja, Gian.

—Una vida perra, ¿verdad? Tú naciste para tener casita y comodidades, pero no las tendrás, ya que eres demasiado esquiva. ¿Cuál es tu sueño, Tess? Háblame tranquilamente.

—Yo..., pues me conformaría con pasarme unos meses, en alguna playa con sol permanente. Algo como Miami, Y bailar cuando me apeteciera, y beber cuando quisiera, y dormir a partir de las diez de la noche...

—Miami, sol, descanso... Pongamos dos meses a todo tren. El mejor hotel, vestidos nuevos, y hasta alquilar un coche de lujo con su chófer y todo. Y, además, mi protección futura. En plata, te costarían las vacaciones, unos dos mil. Sí, podemos redondear hasta tres mil.

—¡Tres mil! ¿Tres mil?

—Tuyos y fácilmente. Parece que Fraser estaba contigo. Por lo poco que sé de él creo que tratará de dar contigo. A lo mejor te ha dado su dirección.

—No hubo tiempo, y tampoco sabe la mía. ¿Tres mil dólares de los buenos, Jefe?

—Que cobrarás apenas sepas retener contigo un poco a Vernon Fraser. Puede que te busque. Y si no te busca ni le encuentras, puedes ganarte mil. Bastará que des con el paradero de un tipo llamado Rocky Butler. Se dedicaba a reclutar «ganchos» de tren. Para ganaderos.

—¿Si... tropiezo con Vernon Fraser, qué he de hacer?

—Guardarlo en sitio donde podamos atraparlo. Si sabes dejarlo inmóvil, más seguros tendrás los tres mil. Pero vivo, porque si lo matas, sólo te daré mil, como para dar con Rocky Butler. Ya puedes

irte a casita, Tess.

Minutos después, un camarero avisaba a un especialista en seguir sin ser advertido. Debía convertirse en constante sombra de Tess Gafford, desde que esta entrara en su domicilio, una pensión del tercer piso de un edificio del «Loop».

Trepidaban a cada instante en intervalos cronométricos, los muebles de aquel barrio, sacudidos por los travesaños en que se deslizaba raudo el «bucle», el tren tranvía urbano, que en el mísero barrio era aéreo.

Y trepidaba en su casa, pese a que entre dos y seis, el «loop» no funcionaba, Tess Gafford.

Revolviéndose en escorzos de repentino nerviosismo, porque había tentaciones difíciles de resistir.

Tres mil dólares. En vez de Miami, el coche con chófer y todo, y el hotel de lujo, se iría a Méjico.

Con tres mil dólares convertidos en pesos mejicanos, instalaría una tienda de objetos típicos del país.

Una tienda con vivienda, corral y muchos árboles.

Se durmió al filo del amanecer, soñando en su hacienda mejicana.

CAPÍTULO IX

Había otras tres del «Cavern Rock» en la pensión. Y también solían desayunar hacia el mediodía.

Charlaban animadamente cuando entró Tess Gafford.

—Hola. ¿Sabes lo que ha pasado, Tess?

—Se veía venir... —dijo otra.

Tess Gafford estaba poco dispuesta a oír chismes. Había dormido muy mal, con pesadillas. En una de ellas, un esqueleto de grandes ojos de plata, dos monedas de a dólar, la perseguía por entre los frutales de una tierra rojiza llena de cactus y de hombres con mantas de vivos colores al hombro.

—Yo desde que la vi pensé que estaba desesperada.

—¿De quién habíais?

—De Katleen, la tristonra, que le daba por llorar cuando se iba a pintar los labios...

—¿Katleen? ¿Qué ha hecho?

—Suicidarse. ¿Te parece poco?

Tess Gafford dejó de remover su plato de maizena...

La más informada, manifestó, muy engreída de su importancia:

—Estaba yo, como les he contado ya a éstas, en la fiesta que daba un amigo, Y habla periodistas. Uno se fue, y volvió a las cinco. Estaba bebido al poco rato, y empezó a decir que le daba yo lástima... Como les dije yo a éstas, me sentó mal, y lo apabullaba con una de mis contestaciones cuando él se explicó. Le hablan llamado de la comisaría donde debía estar de turno, para informarle que había un cuerpo muerto. Vaya, un cadáver, y que él podía hacer lo que correspondía, o sea, tomar nota, y enviar a su periódico. Me lo contó con todos los detalles...

Vernon Fraser se apeó a las cuatro en punto, en la estación Catorce, casi una terminal al Sur.

Desde la plataforma, la escalera bajaba en caracol entre la ventilada armazón de la torre de hierro.

Y la calle era ribereña del vértice inferior del Michigan. Un bar-cantina. La calle se prolongaba con merenderos muy concurridos los días festivos.

La tarde era fresca, pero sin viento. De las tardes propicias para remar, porque el lago no estaba siquiera rizado. Y se alineaban barcas de varias dimensiones, tras la fila espaciada de los merenderos.

En el bar-cantina no estaba Tess Gafford.

Lo comprobó desde fuera, y siguió andando hasta el más próximo merendero. No le gustaba nadar ni remar. Era hombre de tierra solida, de pastos, de campo libre.

Y seguramente también había sido de campo la pelirroja que ahora acababa de surgir al pie de la torre.

Venía apresuradamente. Le había visto.

Era sensualmente preciosa aquella muchacha. Suscitó silbidos al pasar ante la puerta del bar-cantina...

—Hola, Tex. Un poco tarde... Estoy muy nerviosa, ¿sabes? No he dormido casi nada. Te podías haber despedido.

Entraba en el bar-cantina, un muchachito de cara viciosa. Se abalanzó al teléfono, para pedir el número del domicilio particular de Gian Ludovici.

—¿Un paseo en barca, para calmar los nervios, llamita?

—Como quieras.

—¿Sabes nadar?

—Un poco.

—Espero que sea lo bastante para los dos.

En el embarcadero, el encargado aseguró que la lancha con un motor, era fácil de manejar y no podía hundirse de ningún modo. Pero costaba un dólar la hora.

Pagó Fraser el dólar, y recibió una breve explicación. No era difícil. Un medio volante, un cordón de arranque del motor, una palanca de cierre del motor, y ancla para detener donde quisieran a

menos de media milla de la ribera.

Sentóse ella junto al que tras el parabrisas, y al adquirir impulso la canoa, manifestó:

—Puede que te hayan seguido. Ayer me despedí sin darles dirección, y me parece que no estaban conformes. Me gusta más un coche de verdad, porque va sobre asfalto, pero así estamos casi solos, llamita.

—Estoy muy nerviosa, ¿sabes?

—Ya dijo el capitán de secano, que esto no se hunde de ningún modo, salvo choque.

—¿Te acuerdas que te hablé de Katia? Pero, a todo esto, no sé lo que pasó en el despacho de Dicky.

—¿No te lo contó Dicky?

—Al que vi fue solo... Me llamó Gian Ludovici. Quería saber si yo te había avisado. Juré que ni hablar.

—Estás viva, o sea que te creyó. ¿Qué decías de Katia?

—Vi sangre en el suelo, y un extintor.

—La sangre no era mía, y el extintor lo tomé prestado. Fue fácil, gracias a ti, nena. Dilo ya, nena.

—¿El qué, Tex?

—Lo que me ibas a decir de Katia. No es para que te sobresaltes.

—Es que tienes un modo de hablar... y no me miras.

—Encima del parabrisas, hay un espejo retrovisor. Será para no chocar de popa. Es suave este trozo de manillar. ¿Te enteraste de cómo se echa el ancla?

—Sí. Aquel molinillo, y baja la cadena... Pero podemos pasear un poco más.

—Me gustas mucho, Tess, pero ya te dije que soy un hombre serio.

De nuevo ella se sobresaltó. ¿Habla con segunda intención aquel individuo de ojos que parecían adivinar? Sí, ella había oído hablar de los clarividentes.

Veían mucho, hasta el pensamiento, porque eran «clarividentes», de ojos claros. Tembló un poco y se ajustó más el suéter chaquetón de punto gris.

—Hace fresquito, Tex. Estoy nerviosa, perdida, figúrate que me han explicado cómo se suicidó Katia. Se llamaba Katleen Murray, y había sido manicura en un hotel de Springfield. La pobrecilla. Era

todo una tragedia. No hay derecho... Mira, yo estoy donde estoy, porque tuviste acierto. Soy una gandula, y quise vida fácil... Ya, ya, con la vida fácil. ¿Eres rico, Tex?

—Voy tirando. ¿Cómo se suicidó Katleen Murray?

—El periodista dijo cómo cuatro testigos la vieron tirarse al agua, desde el Tercer Puente. Los conozco a estos cuatro testigos... Gente que habrá cobrado de Dicky... para dar testimonio falso, pero claro nadie lo sabrá, porque nadie sabe la tragedia de Katleen Murray. Y el pobre chiquillo... Me lo contó ella, sin darse cuenta. Estaba borracha, y la llevé en un coche, a su departamento. La tuve que desnudar. Hay cosas que no deberían ser, Vernon. No... Pero es mejor olvidarlo. En definitiva, ¿tú qué eres, Vernon? ¿Jefe de pandilla? Pero por Chicago no operas, o si no te conocería bien Gian Ludovici.

—Cuatro testigos pagados por Dicky. Vieron cómo Katia se echaba al agua —recordó Vernon.

—A la salida, se fue sola. Pero estaba allí Gian Ludovici. No lo comprendo. Si ella estaba para esperar a que llegasen a un acuerdo, su novio... No des más vueltas, tejano. ¿Es que no sabes guiar en línea recta?

—Allá hay barcos, y atrás tierra. Dando vueltas aquí no hay modo de chocar.

—Echo el ancla...

La canoa tardó en detenerse, hasta que el ancla arañó fondo. La fila de merenderos estaba unos doscientos metros a popa. Al frente, horizonte de mar...

Al Este, también. Pero al Oeste, los rascacielos. Un océano interior el Lago Michigan, decían los de Illinois.

Vernon Fraser estaba a caballo sobre la banqueta. Ella se sentó de frente, mirando hacia el horizonte por donde surcaban naves de gran calado.

—Tú sabes a qué se dedica Ludovici, ¿no? —insinuó Tess.

—Dicen que es «kindnapper», pero no se lo demuestran. Y no secuestra niños, sino especialmente ricas herederas.

Rió ella suavemente:

—Tú no eres ninguna rica heredera, Tex. ¡Mira si seré tonta que voy a perder lo que es mi sueño! Irme a Méjico, y tener una «hacienda». Pero no hay derecho. Lo que han hecho con Katleen no

hay derecho. Es canalla... Porque una rica heredera, tiene dinero...

—Katleen no estaba secuestrada. Muy libre.

—¿Sí? ¿Y Bobby, su hermanito, qué? Escucha, Tex: Tienes que matarlos a los cuatro. Es el único modo de que vivamos los dos. Yo me iré lejos, tan pronto nos separemos. Y no respiraré hasta que no te hayas cargado a Ludovici y sus tres asesinos. Podría decirte que es por amor... Te tengo miedo, Tex... Vales tres mil dólares vivo, y mil, muerto. Eso me iba a pagar Ludovici por ti. Claro, que luego... para callarme que te mataron... a lo mejor..., también me «suicidan»...

—Llamita, te explicas tan claramente, que o me he vuelto idiota de pronto, o no entiendo nuestra lengua común. ¿Por qué tiemblas así?

Ella se había reclinado de costado contra Vernon Fraser. Éste la enlazó por el talle. Susurró ella:

—Pobre Katia. Estaba segura que volvería a ver a su hermano Bobby, tan pronto su novio saliera de presidio, por un crimen que no cometió. Me lo contó estando ebria. A trozos. Trabajaba en un hotel como manicura, y al día siguiente de detener a su novio, abandonó ella Springfield. Se habían llevado a su hermano, un chiquillo de once años. Dicky la hizo trabajar en el *cabaret*, prometiéndole que cuando viniera su novio, y se arreglasen... Y ahora, ella muerta. De nada le sirvió sacrificarse por Bobby... ¿Se puede llorar sin que se rían de una?

Vernon Fraser tuvo el mismo gesto con el que acallaba una yegua nerviosa. Palmeó la espalda de la que, sollozante, trató de hundir el rostro en el huesudo pecho.

—Buena chica, buena chica. Despáchate sin exagerar, no vayas a hundir la nave... Cuéntale todo a Tex, y habrá cuatro que van a lamentar haberte hecho llorar indirectamente. ¿O sea, que valgo tres mil vivito y coleando y mil, putrefacto?

—Y... mil si hubiera dado con Rocky Butler...

—Difíciles estos mil. Rocky Butler murió hace una quincena, en el estado de Ohio. Tuvo la mala pata de resbalar al querer saltar en marcha de un tren, porque le seguían de cerca unos policías. Cayó, y te lo puedes figurar... Rodajitas.

—Tú buscabas a Rocky Butler anoche...

—Un modo de tener inquieto a Dicky Palermo.

—¿Eres... policía, Tex?

—¿Tengo cara de serlo?

—No, no lo eres. Vas solo y, además, te hubiera conocido Dicky, porque conoce a todos los policías. Déjame tu pañuelo... El mío ya no sirve.

—Toma, y...

—¿Qué pasa, Vernon? —inquirió ella, asustada.

Y pensó que debían mirar así los no muy remotos apaches, adornados con una pluma sostenida por un cintajo en la frente.

Vernon Fraser había girado lentamente el cuello, erguido. Y del mismo lento modo, volvía a mirar a Tess Gafford, tan cerca que sentía el tibio calor de su cuerpo...

—Un coche que se ha detenido. Venía con mucha prisa. No te vuelvas, llamita. Somos una pareja de tórtolos. A esta distancia, no van a funcionar, al menos mientras luzca la tarde. Te debieron seguir, llamita.

—¡Yo no les...!

—Me consta. Pero debí pensarlo. En parte lo pensé, sin saberlo, puesto que sin gustarme el agua salvo en la bañera, estamos aquí. No te muevas, Tess. Me gusta tenerte tan abrazadita, porque mi espíritu es fuerte, pero mi carne es hueso sensible.

—¿Es... de qué marca el coche?

—Hijita mía: yo puedo oír unos frenos, y ver un coche parado, del que bajó un tipo que lleva parches blancos en la cara. No veo más.

—¿Es gris oscuro, con radiador niquelado? Gian Ludovici tiene un blindado «Packard», de capota gris más claro...

—¿Dónde te ibas a ganar los tres mil o los mil?

—Me dijo Gian que te guardara quieto.

—Puede que se decidan a alquilar otro bote motor. A base de llevar un par de ametralladoras, nos hunden.

—¡No pueden...! ¡No debes dejar que...!

—Por ahora, la mar está lisa a popa, y luce la tarde, Tess. Dame la mejilla izquierda, y podré ver si es una canoa motora, la que parece moverse con dos a bordo. Uno el de los parches. Sí, el cara de bobo, del ricito en la frente...

—¡Tex! —Tembló ella, apretando su cara contra el perfil de halcón.

—Gian preferirá más pájaro ahogado, que dos volando. Y éstos no van a venir a echarnos rositas... Calma, no has visto nada, y te quedas sentada.

—¡No puedo!

—Le doy al torno, levo ancla, y a bogar mar adentro, hacia la ciudad populosa... No hemos visto nada, Tess.

Volvía a sentarse, y tiró del arranque. El motor con su petardeo súbito, hizo que Tess Gafford se agachara instintivamente.

—No van a disparar a esta distancia. Trataban de sorprendernos en dulce acaramelamiento... Tiene prisa Gian en acabar conmigo. Yo en acabar con él, pero no era ésta la ocasión. En el agua tengo todas las de perder. ¡Vaya barco! Espero que me verán llegar embalado o lo echo a pique...

—Con estas lanchas no está permitido alejarse más allá de tres millas, me dijeron una vez que iba con un amigo.

Tess Gafford miraba el retrovisor, dilatados los ojos por el miedo.

Vernon Fraser conducía hacia los salientes espigones del puerto del «Adler Observatorium», el meridional del grandioso conglomerado de muelles de Chicago.

Y, de pronto, la canoa describió un semiarco, virando...

—Desistieron, y pensarían que les tomamos por inoportunos. O se dan cuenta que les has mentido, y no quiero que te pase nada. Si esta canoa sigue a flote, basta con ir dando la espalda a la ciudad. En el mapa, no falla. Encontraremos el lindo pueblo fronterizo, del estado de Indiana: Hammond. Te dejaré allí, obscurecido y tranquila. Ya no puedes volver a Chicago. Si no le dijiste a Gian que teníamos cita aquí...

—¡No se lo dije!

—Por esto mismo, cuando le han avisado que nos hemos reunido tan amorosamente, se habrá dado cuenta de que le has engañado. ¿Tienes algún hermanito de once años, que puedan ellos secuestrar para hacerte volver?

—Estoy muy sola, por suerte para mis padres... ¡Dos canoas, Tex, desde los merenderos!

—Déjalas, que van por pareja, buscando la propicia sombra poética del crepúsculo, que dijo Abraham Lincoln. Puede que desde tierra, nos sigan si van provistos de gemelos, pero hay una frontera,

y mientras les piden los papeles para registrar la matrícula, nos pierden de vista. La sombra empieza a cubrir nuestra veloz nave... Me va gustando bogar de este modo. Es como en el parque de atracciones. Una chica al lado, y... ¿Ya vuelves a llorar, llamita?

—Pienso en Bobby...

—Si lo secuestraron para tener a mano a Katleen Murray, mal veo al muchachito. Lo tendrán en algún rincón, y como no les va a producir ya ganancia...

—¡Vernon! Es cruel eso que dices...

—Los que ejercen el «kindnapp» se cubren muy bien. Los que pagan, se callan. Los que no pueden pagar, se mueren. ¿Qué le pasa ahora a este cacharro?

La canoa, hasta entonces lanzada como una saeta, pareció atacada de asma. Unas toses, un traqueteo, y repentino silencio...

—Gasolina. Le ponen la precisa para que no ande mucho. Y ahora esto ya a la deriva, lo cual quiere decir que va poco a poco impulsada por la corriente hacia tierra... Si sabes nadar, aprovecha antes que sea tarde. No ha llegado aun el poético crepúsculo, y el coche gris no estará muy lejos de donde vaya a parar este maldito cacharro... La primera y la última vez que me da por sentirme piloto de altura... Al menos tú sabes nadar. Y yo es tarde para aprender...

—Me... matarían igual, si me echo al agua, Tex... ¡No debes consentir esto, Tex! ¡Mira...! ¡Allí, el «Packard»! En aquel viraje de la carretera, entre los pinares... ¡Tex! ¡Haz algo! ¡Nos van a acribillar!

CAPÍTULO X

—No es prevención, mi querido colega, pero usted reside en Nueva York, y yo envejezco cada año, cinco, en esta jefatura de Chicago. Hasta hoy, mal que bien, nosotros los policías de servicio ordinario, es decir, los metropolitanos...

—El nuevo cuerpo que se ha instituido, comisario, es efectivo desde su arranque, porque su personal aunque proceda de Nueva York, va a prestar servicios al punto más opuesto del continente. Por esto, el Departamento de Investigación Federal...

—Todos mis respetos para este nuevo cuerpo, pero lo que no puede arreglarse en días, es la podredumbre de años. Tienen más influencia en esta ciudad mía, los jefes de «gang», que nosotros los comisarios en jefe. Tenemos constantes soplos y podemos señalar con el dedo cada «gángster» y su especialidad... ¡Pero hay que demostrarlo, hay que obtener la declaración pública de los que se avienen a soplar en privado y luego se retractan!

El delegado del naciente organismo

F. B. I.,

procedente de Nueva York, dijo secamente:

—Sus policías son demasiado conocidos; es éste el inconveniente, y ven dificultada su labor. Además, impide que se retracten los que son testigos de delitos...

—Oiga, mi joven colega, ¿ha oído usted hablar del Tribunal de Los Veteranos?

—No. ¿Qué jueces son éstos?

—Los peores, los que manejan el Código del Hampa.

—Por favor, nada de truculencias.

—Se lo parecerán, pero existen. ¿Por qué cree que los reclusos de cualquier clase, se prestan a hacer la vida imposible a uno que

ha declarado contra algún «gángster» notorio? Porque saben que recibirán tabaco, ropa, dinero, y cuando salgan, trabajillos sucios. Y hay «caídes» como ellos les llaman en su jerga, como por ejemplo, Gian Ludovici.

—Tengo su ficha completa. Se le atribuyen numerosos casos de secuestro.

—¡Demuéstrelos! Es un «caído», porque en su historial cuentan diez años en el peor presidio del mundo: el de San Lorenzo del Maroni. Tiene prestigio, y ha creado una organización. Se sirve de presos, de familiares de presos que transmiten sus órdenes... ¿Cómo puede evitarse que un recluso que espera su revisión, y quiere ratificar su testimonio, se retracte, si le amenazan con matar a alguien de su familia, por ejemplo?

—Los guardianes...

—Hay uno por cada cincuenta detenidos. No pueden oír las conversaciones, ni las amenazas. Le voy a citar el caso de Walter Barclay. Juró que no había matado a un pagador, sino que el asesino era un joven rubio, que reía disparando. Le pusimos en rueda siete jóvenes rubios, entre ellos, Dicky Palermo, del que sospechábamos. ¿Qué pasó? Walter Barclay, voluntariamente, señaló a uno de mis muchachos. ¿Por qué? Porque había funcionado el Tribunal de los Veteranos. Lo sabemos gracias a un recluso que oyó perfectamente cómo otro, no supo cuál, susurraba al pasar Barclay, un nombre de mujer: «Katia». Y Barclay salió en libertad provisional, porque intervino un abogado de prestigio: Hymes.

—Un abogado al que hay que privar del título.

—Imposible. Es honorable. Recibió sus honorarios de manos de la propia Katia, la novia de Barclay. Éste ha aparecido muerto, ahogado, con la base del cráneo roto. ¿Por qué? Para evitar que declarase que era Dicky Palermo el que mató. Y ésta es la rueda infernal contra la que es imposible luchar. ¿Que Renzio y Sparacino eran hombres al servicio de Gian Ludovici y Palermo, y estaban en la misma Central a la que fue como es de reglamento, Barclay? Da lo mismo. Si no hubieran estado esos dos, otros se habrían encargado de transmitir las órdenes del Tribunal de Veteranos, constituido por jefes del crimen, tales como Gian Ludovici, Jack Diamond, Terry Brillinats, etcétera. Hombres de historial

sangriento, que han estado en varios presidios, que son admirados por estos pistoleros de mente débil. ¿Cómo luchar contra todo esto?

—Votando una ley sencilla, señor comisario. Que en lo sucesivo, el sentenciado o procesado, pendiente de revisión, no sea recluido en común con lo demás, hasta que libremente, pueda efectuar la segunda y terminante declaración, sin que esté influido por el Tribunal de Veteranos.

—La idea es buena. ¿Quién ha de aprobarla? Políticos, que amenazados o sobornados por el Tribunal de los Veteranos, la echarán abajo.

—Para esto ha nacido el

F. B. I.

La votaremos en Nueva York, o en Filadelfia, pero será aprobada, cueste lo que cueste. Y nuestros hombres no serán conocidos, porque los de Nueva York irán a San Francisco, y viceversa.

—Esto ya lo inventamos nosotros —sonrió el comisario, satisfecho por apuntarse un tanto—. Hay un hombre llamado Vernon Fraser, que residiendo, generalmente, en un barrio tranquilo de esta ciudad, donde consta como viajante de ferretería, es nuestro policía más secreto. Es único porque tiene la brutal contundencia del pistolero más endurecido, y ha resuelto casos difíciles, infiltrándose de cara en los ambientes más siniestros. Le ayudan su aspecto y sus modales... Ahora mismo, trata de demostrar la existencia de este Tribunal, pero con pruebas, y para ello demostrará que mataron a Barclay los del «gang» de Ludovici, o como me dijo al recibir mis instituciones...

Imitó el comisario superior, la manera de hablar incisiva del más secreto agente de policía:

«Si les mato ya no serán un problema. Y si me matan, ¿qué duda cabe que son asesinos? Recojan mi cadáver, como prueba principal».

Volviendo a su tono normal, añadió:

—Es un hombre muy serio en su vida privada, pero cuanto más cerca huele el peligro, más exhibe un tétrico humorismo...



—¡Nos van a acribillar, Tex!

La carretera entre pinares, distaba unos cien metros. La canoa derivaba lentamente, de banda.

Vernon Fraser hundió las dos manos en los bolsillos de su chaqueta. Dijo:

—Estoy comprendiendo todo el valor que tiene la gasolina. En adelante, llevaré siempre un bidón a la espalda.

Un ruidoso petardeo hizo que Tess Gafford, perdido el control de sus nervios, se tendiera a lo largo del fondo, protegiéndose la cabeza bajo la baqueta, cubriéndose los oídos con las manes.

Una lancha de dos motores, procedente del espigón del «Adler Observatorium», venía precedida por el gran penacho doble que abría la poderosa quilla...

Cuatro agentes de represión de la ilegalidad portuaria, fusil ametrallador al hombro, y pistola al cinto, estaban a punto de efectuar su receloso abordaje.

Bamboleóse fuertemente la carga a la deriva, por el oleaje que suscitó la lancha policial al interponerse en dos vueltas rápidas en torno de ella, hasta inmovilizarse.

Junto al piloto, el sargento presencié cómo sus hombres arrojaban los garfios de presa, uniendo babor y estribor de una y otra embarcación.

Pasó, entonces, al interior de la canoa alquilada.

Miró a la que tendida se estremecía rezando... tapados los oídos. Después examinó a Vernon Fraser:

—¿Qué clase de loco es usted, ciudadano? ¿No sabe que está terminantemente prohibido utilizar una canoa playera más allá de las dos millas, sin un permiso especial, que no tienen estas canoas? No puede emplearse esta embarcación como nave de altura, ciudadano. Ha incurrido usted en quebrantamiento de ley archiconocida. ¿Por qué sonrís así, buen hombre?

El «buen hombre» contestó:

—Para empezar encuentro muy oportunísima su llegada, amiguito, pero ¿a qué tanto ruido? Además, me revientan los formulismos, amiguito.

—¿Sí? —sonrió, congestionado el rostro, el sargento—. ¡Teddy! ¡Paddock! Colocadle a este elemento las esposas, y cacheadlo. No me gusta su pinta. ¡A remolque con la canoa! ¿Conque le revientan los formulismos, eh, amiguito? ¡No se mueva, o se agravará su caso! ¡Y a esta señorita, sacadla de allí debajo, y que deje ya de gemir! No, no me gusta esta parejita. Creo que estaban buscando la huida hacia Indiana. ¡A remolque con la canoa! Y este elemento a la lancha. Vigíladle.

No opuso la menor resistencia Vernon Fraser. Cuando la lancha se alejaba rauda, remolcando la que saltaba en encabritamientos

graciosos, Vernon Fraser volvió a sonreír.

Había desengaños crueles, para los que llenos de mala voluntad esperaban en la carretera.

* * *

—Ya has oído, Tess. Permanecerás en esta celda, hasta que termine yo mi misión. Estarás a cubierto de todo riesgo.

Tess Gafford no hacía más que repetir:

—¿Tú, policía? Pero si no es posible... No llevas carnet ni placa y vas solo...

—Tu declaración va a ser esencial, Tess. Y hay un organismo, según acabas de oír al comisario en jefe, que ofrece primas crecidas para los ciudadanos que colaboren en esta guerra contra el imperio del crimen. Vas a tener tus tres mil dólares, te lo prometo, y... yo, vivito, para bien de mi propia piel.

* * *

Gian Ludovici preguntó impaciente:

—¿Qué has averiguado?

—Fraser se insolentó primero con los marítimos.

—Vio así su escape. ¿Qué más?

—Parece que le achacan la muerte de Barclay, por cuestiones antiguas, y la de Rocky Butler, encontrado arrollado por el tren. Pero él declara que a Barclay; lo mató Dicky.

—Vaya... ¿Y a dónde lo han trasladado?

—A la Central, en Springfield.

—Vosotros... Avisando que le hagan la estancia imposible, y aludan a su esposa. Figura en la ficha. Se llama Jenny. No sé dónde está, pero daremos con ella. ¿Y Tess?

—Todavía no sé dónde la han trasladado.

—¡Averígualo!

* * *

Al segundo día del ingreso de Vernon Fraser en la Central de

Springfield, donde hasta el alcaide ignoraba su verdadera personalidad, cambi6se el turno de servicio de reparto del rancho nocturno.

Los que estaban en periodo de observaci6n, no iban al refectorio com6n. Les era repartida la comida en las galerías, celda a celda.

El guardián permanecía al extremo del rastrillo.

Uno de los repartidores arrastraba la perola, y el otro tenía por obligaci6n rellenar con dos cazos la gamella tendida.

Cuando estuvo ante el recluso n6mero 778, cogió la gamella y ech6 dos cazos. Pero al tenderla, escupi6 en la sopa.

Dijo suavemente:

—«De parte de Gian Ludovici».

El recluso 778 mir6 la sopa...

Una risita dilat6 la faz del mensajero, pero se le borr6 por completo.

La gamella con su contenido estaba calzándole el rostro, y la diestra del recluso 778, empujaba y mantenía el líquido caliente y pegajoso contra su faz.

Dijo:

—Devuélveselo de mi parte a Gian Ludovici, cuarenta y tres.

El cuarenta y tres, medio asfixiado, proyectado hacia atrás, fue a sentarse en la perola... El otro recluso susurr6:

—Te costará caro esto, Fraser.

—Paga el Estado los platos rotos, Noventa y uno.

Acercábase el guardián, atraído por el rumor de los platos repicando en la cancela, impacientes.

—¿Qué ha sucedido aquí?

El Cuarenta y tres, levantándose, empapados los fondillos, secándose el rostro embadurnado, no podía aún responder, porque tenía fideos y sémola llenándole la boca.

Contest6 el Noventa y uno.

—Se resbal6, oficial.

El guardián mir6 a Vernon Fraser que, muy seriamente, hizo eco:

—Resbal6 de lleno, oficial. Lo vi de cerca. Y se le cay6 mi plato. Vamos, Cuarenta y tres. Mi sopa limpia.

—¡Venga, servid más ligeros, vosotros!

Presenci6 el guardián el resto de la distribuci6n. Cabeza gacha,

el Cuarenta y tres evitaba mirar al odioso matón... número Setecientos setenta y ocho.

* * *

En el patio, día festivo, reposo de trabajos de cantera. Cuando cesando en sus paseos por el centro, pasó Vernon Fraser a uno de los porches, alguien susurró:

—Soplón.

Vernon Fraser se detuvo. Giró lentamente su cuello. Repitió el sentado recluso número 582:

—Soplón.

Vernon Fraser contestó una sola palabra. Hacía verso con la otra.

Siguió andando, y del bolsillo superior de la guerrera a rayas, sacó un papel donde a lápiz, apuntó bajo otros dos números:

«562».

Oyó la misma palabra, dos veces más, y por dos veces apuntó, tras efectuar la rima.

Se acercaba el mediodía, cuando pasándose la mano por la barba, decidió que no le sentaría mal un afeitado.

Para completar el número necesario de los componentes en grado subordinado del Tribunal de Veteranos, le faltaba uno.

Habría terminado su misión como recluso.

En la barbería ya se había hecho el vacío. El barbero, jayán risueño, terror de su galería «Atracos», sacudió la tela que había sido blanca.

Vernon Fraser se tocó la barba.

—Un afeitado decente, 87.

—Decentísimo, Fraser.

—Tanto asco de conocerte, y es recíproco, ya lo sé. Aparta un poco el jabón, que salpicas, nene.

—El señor es delicado, ya me doy cuenta. ¿Conoces a una chica llamada Jenny?

—Mucho. Tengo una esposa que también se llama Jenny.

—Pues piensa en ella, si quieres volver a verla.

—Pienso, y ella piensa, y otros piensan en ella y yo. Venga, rapabarbás, menos charla y al trabajo.

Era el momento propicio. Acababa de alejarse el guardián de ronda.

Manteniendo la navaja en su diestra, el 87 asestó un bofetón de revés contra la cara del que esperaba los brochazos normales.

Dijo, torvo, el 87:

—Piensa en Jenny. «De parte de Gian Ludovici».

Los claros ojos veían la navaja cerca. Asintió Fraser, y el barbero depositó la navaja, para coger la brocha.

Fraser alzó una pierna y alcanzado de lleno en la parte baja de la espalda, de plano, el barbero chocó contra la pared. Se revolvió asombrado y amenazador...

Pero Fraser estaba ya en pie, y eran muy largos también sus brazos. Las manos en revés, tenían sequedad de sarmiento.

La cabeza del recluso 87 giraba velozmente al compás del rítmico abocetamiento... Se mareó levemente, inútiles sus esfuerzos para alcanzar el cuello adversario, porque los rodillazos con que completaba Fraser su serie de reveses, acababan de impedir al 87 toda concentración...

Cesó el vapuleo, y el barbero buscó a tientas, algo en qué apoyarse. Oyó antes de alcanzar el respaldo del sillón:

—Devuélvele el recado a Gian Ludovici, 87. Habrás visto que no soy tacaño. Por una devuelvo un par de docenas. Te vas a caer, barbero... Te vas a caer.

Fue desleal el codazo que precedió al puñetazo desde arriba. Hincado el agudo codo en un costado, y recibiendo el mazazo en la nuca, el número 87 se olvidó de que era barbero, recluso y mensajero del Tribunal de Veteranos.

Un grupo rumoroso iba entrando... Vernon Fraser miró a los «selectos» patibularios...

Sonó un silbato, y los que se acercaban con intenciones de hacer «entrar en razón» al que se atrevía a desafiar las órdenes del «caído» Ludovici, se desperdigaron apresurados.

Dos guardianes, riñe en ristre, irrumpieron.

—Llévenme al alcaide, que ha de saber que tengo una lista de seis números. Seis testigos necesarios. Ésos pedían un delegado del F. B. I, de Nueva York. Los tengo. El último era éste. El último de la

media docena, pero cantarán bien, a seis voces.

Por elemental precaución los dos guardias, acompañaron al recluso 778, enseñándole el camino del despacho del alcaide, a base de empujarle por la espalda con los cañones de sus riñes. Marcaban el viraje, con toque al costado opuesto...

Media hora después, seis reclusos, los anotados por Vernon Fraser, pasaban a celdas separadas, incomunicados. Iban a ser sometidos a un largo interrogatorio, averiguada ya la procedencia de los envíos que recibían, de los visitantes que les transmitían las órdenes...

Empezaba a movilizarse el

F. B. I.

Pero Vernon Fraser seguía siendo un policía secreto, cuando de paisano, en cada bolsillo de la chaqueta gris, una pistola, pasó a recibir las últimas instrucciones.

En el despacho del comisario en jefe, estaban los agentes Jarvis, el joven rubio identificado por Barclay, y Mulliner.

—Va cerrándose el círculo en torno a Gian Ludovici y los suyos, Fraser. Tenemos pocas pruebas para encerrarles. Pero hay que demostrar que son autores de las muertes de Walter Barclay, Katleen Murray y el niño Murray. Los mataron para impedir que Dicky Palermo fuera a la silla eléctrica por el asesinato del pagador. De momento, han de ser requeridos para responder de la clandestina organización llamada Tribunal de Veteranos. Están siendo «trabajados» los cuatro testigos del supuesto suicidio de Katleen Murray, y creemos que fue el propio Ludovici quien después de llevársela en su coche, la arrojó al agua. Irán, pues, ustedes tres a requerir a los cuatro citados, por esta orden escrita, a presentarse ante mí.

El comisario miró con expresión interrogante a Vernon Fraser. También le miraban expectantes los otros dos policías.

El tejano manifestó:

—Pasa algo, jefe.

—¿Sí? —inquirió ansioso el comisario, con esperanzada premura. Él no podía exponer sus ideas...

—Pasa que estos cuatro citados, quizá se pongan tontos al verme. ¿Verdad, tú? —Y miró a Jarvis, que asintió solemnemente. Después miró a Mulliner. ¿Verdad, tú?

Mulliner replicó reglamentariamente:

—Respetarán la citación legal, Fraser. Pero...

—Eso es.

No dijo más Fraser, levantándose. El comisario les despidió:

—Buena suerte, muchachos. Ya saben que para entregar un mandamiento de presentación sólo pueden ir como máximo tres agentes.

—Vamos seis, señor —contestó Fraser—. Estos dos que valen doble, y yo ídem.

En la calle, entraron los tres agentes en el torpedo «Buick». Ocupó el volante, Jarvis.

Mulliner atrás con Fraser, indicó:

—Dicky, Renzio y Sparry estarán en el «Gavera Rock».

—Están —dijo Jarvis, sin volverse—. Un chivato telefoneó a Dicky Palermo, que Vernon Fraser había salido en libertad provisional, y que iría a visitarle esta noche.

—Vaya chivato ése —rió Mulliner—. ¿Es rubio el chivato?

Se tocó Jarvis la sien.

—Creo que sí que soy rubio.

—O sea que el chico espera. Y se pondrá tonto. No querrá coger la orden de citación. Seguramente tratará de disparar. Es lógico que uno se defienda, caramba —opinó Mulliner.

—No le des al pedal, Jarvis —advirtió Fraser—. Ellos no querrán pegarme tiros en plena sala. Puede haber clientes que luego testifiquen, ya que no los van a matar a todos para silenciarlos. Hacia la una se pone aquello candente. Vamos a dar un paseíto, y os explicaré cómo están las vías de entrada y salida. Yo entraré por la puerta principal, pero tú, Jarvis, por el patio, y tú, Mulliner...

CAPÍTULO XI

Cerca de la una, la orquesta del «Cavern Rock» tocaba con brío un Charleston. Mucha concurrencia. Noche de sábado.

De vez en cuando, Dicky Palermo aparecía, mirando desde la barra. Llevaba la mano izquierda enguantada...

Y de pronto bizqueó, conteniendo la respiración. Vela al hombre que acababa de apartar el letrero de «Reservado» de una mesita de la esquina.

Tuvo que esperar unos segundos, para dominar el frío sudor de vesania que le recorría desde la nuca, toda la espina dorsal.

Su diestra entibió la culata bajo la americana misada. Cerrados los ojos, a efectos del intenso odio que le inspiraba la figura larguirucha, llamó:

—¡Ted! Ordena «despeje general».

—Sí, señor.

—Tú a avisar a Renzio y Sparry. Quédate con ellos, y que te den herramienta.

—¡Sí, señor! ¡Enseguida!

También Ted Cochran, había visto al de la «leche tibia». Y por una vez estaba dispuesto a matar sin cobrar...

Dicky Palermo avanzó. No había tipos con Fraser por sus cercanías.

No le reían labios ni ojos, aunque adoptó un tono burlón:

—¿Qué tal, amigo?

—Pasable. Me dieron unos recaditos de parte de Gian Ludovici. Soplan malos vientos para vosotros, Dicky. Todo este tinglado del Tribunal de los Veteranos se os va a venir abajo.

—Gracias por tu amabilidad al venir a avisarme. Ya me anunciaron que ibas a venir, pero... solo y así... resulta raro.

—Voy siempre solo, y me sobra. ¿Tienes frío en la mano izquierda, Dicky?

Dicky Palermo tenía la diestra entre las solapas de su negra americana. Cerró los párpados... Le tembló en furor homicida el labio inferior...

Pero estaba calculando, si valía la pena matar a cambio de morir, porque el otro tenía las dos manos hundidas en la chaqueta gris.

Y de pronto, se sintió alegre. Rió en agudo y seco golpe de tos...

Bajaba las tres escaleras del rellano a la pista, Gian Ludovici elegantísimo, cubierto el cráneo por el negro fieltro.

—Hola, Jefe. Quería presentarte a mi huésped de categoría. Éste... es Vernon Fraser.

Gian Ludovici se sentó al otro lado de la mesita. Dijo:

—Encantado, Fraser. ¿A qué debo el honor de tu visita?

La orquesta abandonaba el estrado. Los camareros, habían ya hecho circular la orden de «cierre». Casi empujaban a algunos clientes reacios.

Las tanguistas habían desaparecido. Un silencio progresivo sucedía al anterior bullicio.

—Vete a buscar un frasco especial, Dicky, mientras charlo con el valiente muchacho.

Dicky Palermo se dirigió a la barra, acodándose en ella. Sonreía feliz, en el colmo del éxtasis, hundida la mano en la abertura de las solapas cruzadas.

—Pronto cierran esta noche, «Medio Rostro» —decía, entre tanto, Vernon.

Un apodo que disgustaba a Gian Ludovici, pero tenía mucho temple. Dejó ya de presentar el perfil intacto. Miró de frente.

—Puede que quieras irte, Fraser.

—Estando en tan buena compañía, sería un desaire.

—He conocido a muchos tan valientes y decididos como tú...

—Pocos. Sigue.

—¿Cómo se te ocurrió venir esta noche, solo...?

—Acompañado de mis dos mejores amigos. No los ves porque están bien escondidos...

—No me digas...

—Me refiero a las herramientas con las que interrogué a tu

chacalito. Míralo... Se muerde ansioso de matar.

—Pasó unos días muy malos, como Renzio y Sparry. Están ya curados... Te citaban mucho. Mira, en hablando del ruin helo por donde atisba...

Adosado a la pared, Vernon Fraser hacia oscilar un péndulo la silla.

Apartada la cortina del casillo particular, apareció primero Renzio, con esparadrapo en la frente y barbilla. Se dirigió a la esquina izquierda de la barra, acodándose en ella.

Livio Sparacino, abobada la cara, llevaba la nariz cubierta por el apósito enyesado... Se acodó en la parte derecha de la barra.

Ted Cochran, en mangas de camisa, caminó en rodeo hacia el rellano de salida.

—El resto del personal se ha ido ya, Fraser.

—Así da gusto. Todos en familia. Se ve que es la: Ley Seca. Seis buenos mozos, sin beber.

—Podrías beber si sacaras las manos, Fraser. Tal como estás, podrías tumbar a Dicky... Quizá también a Renzio o a Sparry. Pero a mí...

—Hay un palco allá arriba. El doce, creo, según el cartelito que hay bajo la rejilla. Y dentro hay un tipo llamado Mulliner. Es de mi banda.

Gian Ludovici, miró hacia arriba. Le sonrió media cara...

—No está mal. Si me lo creyera...

—Tengo a otro llamado Jarvis, que ha apartado un poco la cortina. Esperaba en el patio, y ha visto la retirada general. Son dos buenos mozos, que se despepitan por una buena juerga, así en privado...

—¡Ted! Llégate al pasillo... —ordenó Ludovici.

—No te muevas, Ted... Te dispararían desde el palco doce. No dispaes, Mulliner —añadió Fraser—. Ted se ha quedado clavado en el suelo.

Los tres acodados a la barra, esperaban lo que decidía Gian Ludovici.

—Juegas fuerte, Fraser. Si es farol, pierdes.

—No es farol. Dile lo que llevas, Mulliner.

Desde la rejilla que dominaba la parte donde estaba la mesa reservada a los amigos de Dicky Palermo, el agente Mulliner dijo

muy firmemente:

—Una citación para comparecer ante la comisión del Departamento Federal de Investigación. Tengo que entregarla a los llamados Gian Ludovici, Dicky Palermo, Steve Renzio y Livio Sparacino.

Siguió una pausa muy henchida de tensas y opuestas emociones. Vernon Fraser sabía que tan pronto un índice apretara gatillo, le iba a ser difícil conservarse indemne...

—¿Polizontes? No lo creo. Tengo que ver la placa.

—Quiere ver la placa, Jarvis. No a ti. O sea, que dale gusto. Tira la placa... Que llegue al menos más allá de la barra.

La cortina se movió...

Fue Ted Cochran el que interpretó primero la señal de Gian Ludovici, al tocarse el borde del ala delantera del negro fieltro.

A través del bolsillo de su pantalón, disparó a mansalva contra la cortina...

La rejilla del palco doce se iluminó con fogonazos...

Los tres pistoleros acodados, tomaron repentinamente muy diversa postura.

Dicky Palermo arrodillado, disparó contra el que se balanceaba en su silla...

Renzio giró hasta parapetarse, al igual que Sparacino...

Gian Ludovici atrajo hacia sí la mesa...

Vernon Fraser había rodado por el suelo, pero en forma particular. Sobre un costado primero, chocando su hombro como amortiguador.

Y quedó de espaldas, sobre los codos, disparando en doble y alternada trayectoria.

No se ocupaba de Ted Cochran alcanzado por Mulliner... Primero, Dicky Palermo, que le había incrustado un balazo, el segundo, en el pecho...

No sabía dónde, pero quemaba endiabladamente...

Y Dick Palermo reía jubiloso, aunque ya sus disparos rebotaban en el liso y brillante suelo de la pista.

Quedó reclinado contra el panel de caobilla que revestía la parte inferior del bar...

La frente rota, la garganta atravesada...

Gian Ludovici vio desde su parapeto, cómo crecía

repentinamente Steve Renzio...

No había muerto el agente Jarvis...

Desde el suelo, reptando tiraba contra Renzio y se disponía a taladrar la espalda de Sparacino, cuando Ludovici disparó tres veces...

A ras de suelo...

Detuvo el reptar del agente Jarvis, que abrió las dos manos y se inmovilizó.

Rodaba sobre el costado Vernon Fraser. Le quemaba infernalmente el pecho, pero estaba lejos Sparacino, fuera del alcance de Mulliner.

Una bala disparada por Sparacino, astilló la mesa volcada con la que Fraser se cubría...

—¡Ríndete, «Medio Rostro»! —gritó una voz desde otro palco.

Aporreaban la puerta exterior. Gente dotada de autoridad... Lo proclamaban, pero los de dentro no lo oían.

Vibró melódicamente una de las maderas del palco desde el que Mulliner había conminado a la rendición...

Ludovici disparaba atinadamente y le urgía terminar...

Gritó:

—¡Livio! ¡A los palcos! Éste... no puede durar ya mucho... Está bien tocado...

Livio Sparacino, protegido por el óvalo del bar, corrió y penetró en el rellano de acceso a las escaleras que conducían a los palcos.

Vernon Fraser se estremeció... No percibía ya el contacto de las dos culatas. Se agarrotaban sus manos...

Y un rostro de pesadilla, mitad riendo, mitad llorando, asomó por encima de la mesa parapeto...

Arriba, un tiroteo espaciado, anunciaba que el agente Mulliner se defendía del ataque de Livio Sparacino.

Gian Ludovici empujó la mesa ante sí. Oyó cómo caían las dos pistolas enemigas... Y Fraser permanecía inmóvil.

Se abalanzó furioso, disparando...

La puerta exterior cedía a la embestida de los agentes de la Ley.

Y Gian Ludovici permaneció unos instantes reflexivo, como atónito.

Había visto cómo Palermo atinaba en el pecho al tejano. Había oído cómo las dos pistolas del tejano caían, y quedaban las manos

largas y enjutas, abiertas, palmas arriba...

Y ahora... miraba la botonadura que no era de perlas negras, y que surcaba su pechera de *smoking*.

Botones sonrosados, que iban enrojeciendo, granates, rubíes...

—Buen... viaje, «Medio... Rostro»... —Oyó vagamente.

Y coincidiendo con la caída aparatosa de Gian Ludovici, baleado desde la corbata mariposa, hasta el borde inferior del blanco chaleco, Vernon Fraser soltó la pistola izquierda...

Se quedó quieto, apacible.

EPÍLOGO

—Un mes de convalecencia y tendrá usted marido de nuevo, señora Fraser. Buena fibra.

El cirujano se fue. Jenny Fraser, rolliza, poco locuaz, acarició la larga mano enjuta y ya sin fiebre. Los claros ojos del yacente, sonrieron.

—Buena fibra, Jenny. Y llevo ya años aquí.

—Los niños están bien atendidos, Vernon. Green que vine a reunirme contigo en Miami.

—He oído frases sueltas. ¿Todos liquidados?

—Y también el pobre señor Jarvis. El señor Mulliner está mejor... Estuvo a punto de muerte...

—Ya no lo está. ¿Quién era la moza que me besó? —Tess Gafford. Estaba agradecida. Le dieron los tres mil dólares, y se fue a Méjico. No tengo celos, Vernon, aunque te llamó Tex.

—Me ayudó mucho. A no ser por ella, no te estaría admirando. Te veo cada vez más bonita...

—Sí, Vernon. Pero quieren hacerte del
F. B. I.,
y yo...

—No te preocupes. Tengo un mes de convalecencia, y no quiero más jaleos. Mi casa, mi Jenny, y los chavales... ¡Vaya que sí!

—Pero cuando pase el mes...

—Empezará otro, Jenny. Besito al marido, Jenny. Más fuerte, Jenny. Son besos legítimos y deliciosos.

Los únicos que me dan vida... Los tuyos y los de los chavales.

—El chico quiere una pistola, Vernon.

—¿Eh? Le voy a largar un castañazo, apenas lo vea. ¿Qué es eso de jugar con pistolas? ¡Estaría bueno! ¡Pistolas!

Jenny Fraser acalló con beso vital la sincera indignación del muy flemático tejano, Tenía un mes de felicidad.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Killer: Pistolero, asesino a sueldo. < <